



*Perdido
en la tormenta*

YOLANDA REVUELTA

TRILOGÍA ESENCIA II



Esencia Irlandesa
volumen II

Perdido
en la tormenta



YOLANDA REVUELTA

PERDIDO EN LA TORMENTA

(Trilogía Esencia Irlandesa II)

Copyright © 2020 Yolanda Revuelta
Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Portada: Valerie Miller
<http://es.123rf.com/>
<https://pixabay.com/>

All Rights reserved
1ª edición Agosto 2014
Reedición Septiembre 2020

Sello: Independently published

*“Si me ves por alguno de tus pensamientos,
abrázame que te extraño.”*

Julio Cortazar

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Epílogo

NOTA DE LAS AUTORAS

SIGUIENTE ENTREGA DE LA TRILOGÍA

SOBRE: YOLANDA REVUELTA

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA



Esencia Irlandesa

Capítulo 1

Brianna oteó hacia el mar, como le gustaba hacer cada amanecer desde que había vuelto a Ballycotton. El viento frío del norte hacía fluctuar el agua formando grandes ondulaciones que embestían con fuerza contra el acantilado y como habían hecho a lo largo de los siglos. El batir constante de las olas arañaba con ímpetu las gigantescas paredes de roca que se encumbraban hasta querer conquistar tierra firme, y ella, allí de pie, era una mera espectadora de esa fuerza devastadora y del hipnotizador rugido sibilante. Adoraba ese ritual matutino y era quizá lo que más había echado de menos durante su estancia en Dublín en la época que había estado estudiando en la universidad.

Decenas de gaviotas volaban en círculo por el cielo y con sus extensas alas desplegadas planeaban con elegancia a favor de la corriente de aire. Eran totalmente ajenas a lo que sucedía a su alrededor; no así a su presencia, ya que sus graznidos se podían escuchar claramente desde tierra cuando se acercaban a ella. Brianna se llevó la mano a la frente y la dispuso a modo de visera, para evitar que los rayos del sol la cegasen. Le gustó ver cómo las aves surcaban las nubes esponjosas teñidas de un rojo intenso, el mismo que vestía el amanecer.

Adoraba la casa que le habían dejado sus abuelos en herencia. Quizás y solo por eso, había decidido restaurarla y emprender un nuevo futuro junto a sus amigas, Caitlin y Meg. Craig House se alzaba a su espalda como una mole más de piedra que parecía integrarse perfectamente con el verde intenso del paisaje. Tras varios meses de restauración, la casa resplandecía con orgullo a pesar de sus doscientos años como único testigo de los devastadores acantilados.

El soplido de aire helado perforó su abrigo y ella no pudo más que estremecerse; bajó la mano y se abrazó a sí misma con la única intención de protegerse de las frías ráfagas que la atravesaban de forma incesante. Su larga cabellera era como llamaradas de fuego que ondeaba cual bandera a favor del viento y, por primera vez en mucho tiempo, percibió la sensación de libertad que tanto había anhelado en esos últimos meses.

No pudo evitar fijarse en el barco de color rojo que rompía contra las olas y que parecía avanzar sin esfuerzo alguno a través de las corrientes marinas; parecía una pequeña e

insignificante mancha rojiza en comparación al elemento que lo rodeaba. No tuvo que preguntarse quién lo tripulaba, puesto que pudo leer en su casco las inmensas letras que daban nombre a la embarcación: *Green Star*.

El nombre de Garrett sacudió su mente con fuerza, pero esta vez pudo controlar la sensación de abandono que la había acompañado a lo largo de los últimos meses.

Lo amaba, pero eso ya formaba parte del pasado.

Él le había dejado muy claro con anterioridad que no podría haber nada entre ellos, y ella, a su pesar, había llegado a respetar su decisión. Era un hombre que no deseaba complicaciones en su vida y así se lo había hecho saber hacía muchos años, antes de partir a Dublín.

No habían cruzado más de dos o tres frases desde su regreso; con eso le dejaba claro que su decisión al respecto seguía firme. «No importa», se dijo a sí misma parafraseando a su abuela, «el tiempo lo cura todo, hasta el mal de amores». Dudaba que así fuera. Llegó a la conclusión de que se aprendía a vivir con el rechazo y el dolor, pero que la sensación de olvido nunca parecía terminar de cicatrizar.

La embarcación avanzó despacio, como si no tuviera destino alguno por alcanzar. Trató de asimilar ese pensamiento y llegó a la conclusión que con esa reflexión también había descrito a Garrett.

No tenía sentido seguir allí de pie, lamentándose de sí misma. Tenía cosas por hacer, Meg llegaría en breve para organizar la cocina y los posibles menús que se servirían en un futuro muy cercano a los clientes.

Con ese pensamiento se giró despacio y dio la espalda al mar, se dirigió con pasos lentos hacia la casa y asumió que la tristeza no tenía cabida ese día en su corazón.

Garrett percibió las sacudidas de las olas en el casco de la embarcación; ese balanceo ya formaba parte de su existencia y tenía muy claro que no podría vivir sin él.

Prefería la soledad del mar al bullicio y a las personas en tierra.

Exhaló un suspiro de derrota al ver la figura femenina en lo alto del acantilado.

No tenía duda de quién se trataba ya que habría podido describir sus rasgos con los ojos cerrados. El viento bailaba caprichosamente con su cabello, como si tratase de apagar el fuego que habitaba en ellos; allí de pie, parecía una figura alada bajada del mismo cielo. La vio subir la mano hasta la frente y observar a las ruidosas gaviotas que eran presencia indiscutible cada vez que divisaban un barco en alta mar, puesto que la seguridad de alimento las hacía ser escoltas de cada una de las embarcaciones que encontraban a su paso.

No necesitaba tener a Brianna en su pensamiento. Muchas eran las noches que pasaba en vela por su causa, pero no había marcha atrás. No era un hombre hecho para el matrimonio; le gustaba vivir en libertad, sin tener que dar explicaciones a nadie, ser dueño de sí mismo. Al menos, durante unos años, se había convencido de ello, pero estos últimos meses la duda sembraba toda lógica y eso le creaba un humor de perros.

La vio girarse y encaminarse hacia la casa; parecía inmersa en sus pensamientos y deseó ser él quien borrara esa tristeza de sus ojos, pero parecía que ya era tarde para todo. «Mejor así», se dijo. Brianna aún era muy joven y tenía toda la vida por delante; él pronto cumpliría los cuarenta y parte de su juventud se había evaporado. Solo el hecho de ser patrón de un barco daba cierto significado a su existencia.

Puso el cebo en las nasas y, a continuación, las echó al agua. Con un poco de suerte encontraría suficientes cangrejos para que el día no fuese del todo desaprovechado.

—¡Jefe! —vociferó uno de los marineros, que trabajaban para él, desde proa.

—Dime, Patrick.

Patrick y Sean, el otro marinero, señalaron con el índice hacia la bandada de gaviotas que volaban en círculo sobre las aguas profundas.

—¡Atunes! —gritaron al unísono.

Garrett recogió con premura las nasas y las dejó caer precipitadamente a sus pies, más tarde recogería el cebo. Después de todo, no iba a ser tan mal día. El banco de atunes había llegado con varias semanas de antelación y eso se traducía en dos cosas: más ventas y más dinero.

—Coged las cañas y echadlas al agua —ordenó Garrett desde babor, mientras se acercaba con determinación a proa—. ¡Vamos, aprisa!

Ambos marineros asintieron y obedecieron en el acto.

Sin poder evitarlo, oteó de nuevo los acantilados en busca de Brianna, pero ella ya había desaparecido, dejando un vacío insondable en su interior que no supo interpretar.

—¿Estás segura? —preguntó Meg, mientras abría una enorme caja sobre la encimera de la cocina.

Brianna no estaba segura de nada, pero a lo largo de los últimos meses había tomado tantas decisiones que, en vez de una complicación, se había convertido en un ritual.

—Creo que será lo mejor —comenzó a decir—, si abrimos la última semana de mayo, podremos empezar a reservar habitaciones y quizá para mediados de junio la casa ya esté en pleno rendimiento.

Meg desembaló el robot de cocina que había pedido a Dublín esa semana. Al quitarle el papel transparente que lo envolvía, no la defraudó en absoluto. Si algo había aprendido en la escuela de gastronomía esos últimos meses, era que la tecnología no debía estar reñida con la cocina tradicional.

—Es perfecto, ¿no crees? —le dijo Meg con una amplia sonrisa en el rostro e ignorando el comentario de Brianna hecho con anterioridad.

Brianna no quiso desilusionarla y asintió, pero no muy convencida. No tenía muy claro cuál sería la funcionalidad de ese armatoste.

Mientras Meg seguía con su cháchara, Brianna la observó con detenimiento. Ya no era la muchacha tímida y asustadiza que había ido a Cork a realizar un curso de alta cocina. Meg había vuelto convertida en toda una mujer, por su forma de hablar y de interactuar, pudo llegar a la conclusión de que estaba ante alguien que sabía lo que quería. Si con anterioridad tuvo algunas dudas de que una mujer tan joven como Meg se pudiera ocupar de la cocina de la casa, en ese instante se disiparon todas. Sus ojos azules estaban muy abiertos, quizás el hecho de tener entre sus manos el robot de cocina era suficiente para iluminar su mirada; su media melena era rubia como el trigo de los campos en verano, en ese momento, una diadema lo despejaba de su rostro y aun así se movía con soltura sobre sus hombros. Era delgada, de estatura media, pero lo que Brianna no pudo evitar, fue compararla con su hermano mayor: Garrett.

Una y otra vez, ese nombre resonaba en su cerebro como una canción pegadiza y desesperada.

—Tierra llamando al planeta Brianna.

Brianna cortó el hilo de sus pensamientos y volvió a la realidad de golpe.

—Lo siento —se disculpó.

Meg la observó con detenimiento y su teoría comenzó a coger forma, si bien al principio pensó que Bree estaba preocupada por las obras de la casa, una vez finalizadas, ella seguía absorta y cansada. Se notaba a leguas que no dormía bien, la zona oscura bajo los ojos la delataba. Ni el mejor de los maquillajes podría borrar esas ojeras sobre una piel tan nívea. La fuerza que poseía Bree parecía haberse evaporado de la noche a la mañana. De pronto, un mal presentimiento la hizo estremecerse.

—No estarás enferma, ¿verdad?

Brianna la miró estupefacta y sin comprender.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió mientras abría la nevera y daba alcance a una botella de agua.

—Últimamente tienes mal aspecto —respondió su amiga, resolutiva.

Brianna desenroscó el tapón, cogió uno de los vasos que había en una bandeja y vertió un poco de agua en él. A continuación, bebió un trago sin dejar de mirar a Meg por el borde curvo.

—Estoy cansada, eso es todo —dijo, dejando el vaso sobre la encimera—. La reforma ha sido más dura de lo que pensaba.

Meg no estaba muy convencida, pero lo dejó estar. Estaba claro que Brianna no deseaba hablar sobre ello.

—¿Tienes ya los menús?

«El giro a la conversación habla por sí solo», pensó Meg centrándose en los folios que tenía sobre la caja de cartón.

—Estoy en ello. Me gustaría darles un repaso antes de mostrarte nada.

—Bien —comentó Brianna—, subiré y perfilaré varias cosas que tengo pendientes; luego hablamos.

—Buena idea. ¿Qué te parece si esta noche nos vamos al pub Mckey y tomamos un par de cervezas? —preguntó Meg con una sonrisa pícaro.

Brianna, ante la sugerencia, no pudo más que reír.

—Me parece perfecto —respondió simulando una voz más grave y varonil—. Así hablan los hombres de pelo en pecho. —Cubrió su labio superior con un pequeño mechón haciendo la vez de un bigote espeso.

—Llamaré a Cat... —Meg no pudo continuar, porque estalló en una sonora carcajada al ver el aspecto de la mujer pelirroja que tenía ante sí, con bigote. Por un momento, pensó que la antigua Bree había vuelto, pero no se hizo muchas ilusiones ya que la tristeza en los ojos de su amiga hablaba por sí sola.



Esencia Irlandesa

Capítulo 2

Brianna abrió la puerta del pub y entró, teniendo la sensación de que había sido un día productivo. Aún faltaban muchos detalles para dar por concluidas las habitaciones, pero el hecho de que estuvieran amuebladas fue más que suficiente para ella.

Solo existía un pub en el pueblo, por esa razón era un lugar muy concurrido a esa hora de la tarde. La mayoría de los habitantes de Ballycotton, por no decir todos, habían terminado sus labores diarias y casi era un ritual reunirse en el emblemático Pub Mckey. El local no había sido reformado en muchos años, las sillas y las mesas eran lijadas y barnizadas cada primavera, y la barra, madera de roble, se perdía en el tiempo. Malachy, el dueño, lo había preservado con esmero y cariño dando la sensación de entrar, a través de su puerta, a otro siglo.

No había cosa que más gustase a los irlandeses que las tradiciones venidas de padres a hijos, y el pub Mckey era la viva imagen de ello.

Brianna hizo un recorrido por las mesas y en una de ellas localizó a Meg y a Cat charlando amigablemente. En la barra se encontraba su hermano, Declan, lo que hizo dar por hecho que estaba pidiendo las consumiciones.

—Buenas tardes a todos —saludó.

Malachy, con su inconfundible barba llameante y unos ojos de un azul intenso que no habían perdido una pizca de brillo a pesar del transcurso de los años, la saludó con una sonrisa de oreja a oreja. En ese momento portaba dos cervezas entre las manos.

—Bienvenida, Bree.

Declan observó a su hermana dirigirse hacia él. Estaba preciosa con unos pantalones vaqueros y un jersey de lana que resaltaba sus ojos.

—Eres un hombre caro de ver, hermano —lo saludó ella al llegar a su altura.

Declan depositó un beso en su coronilla.

—Soy padre, esposo y tengo una empresa que me absorbe más tiempo de lo que me gustaría. ¿Qué te apetece beber? —preguntó él, sintiéndose un poco culpable por no estar más pendiente de su hermana.

Brianna no pasó por alto el orgullo en su voz a la hora de hablar de su familia.

Otra jarra de cerveza hizo una fila de a tres en el mostrador cuando Malachy la depositó junto a las anteriores.

—Lo mismo que vosotros estaría bien.

—Una jarra más de cerveza, Malachy.

—Marchando —respondió el hombre ya ocupado en otro pedido.

Brianna observó a su hermano. Se lo veía inmensamente feliz desde su boda con Cat, una de sus mejores amigas, junto a Meg. Se alegraba por él ya que la relación con la que era ahora su esposa no había sido nada fácil.

Recordó los años compartidos con Caitlin en Dublín en época de estudiantes. No habían sido un camino de rosas para ninguna de ellas. Además, en ese transcurso de tiempo, había nacido Erick, su precioso sobrino.

Declan había sabido de su existencia hacía unos meses y no había sido sencillo para él descubrir su reciente paternidad, pero el amor triunfó y eso dio lugar a una familia feliz y a una pareja enamorada.

«Al menos los finales felices existen fuera de los cuentos de príncipes y princesas», pensó ella y se alegró de que la suerte hubiese recaído en dos de las personas que más quería y admiraba en la vida.

Declan tomó dos jarras, una en cada mano.

—Déjame ayudarte —instó Brianna a su lado mientras recogía la tercera cerveza de la barra.

Se acercaron a la mesa donde se encontraban sus amigas.

—Ey, me gusta el color de ese jersey—proclamó Cat levantándose y saludándola con un beso en la mejilla—. Te sienta de maravilla.

—Muchas gracias. Da gusto encontrarse con amigas que te echan de vez en cuando un piropo.

Meg y Cat rieron al unísono.

—Creo que el pub se va a llenar, hoy —declaró Declan al ver a varios turistas traspasar la puerta.

—La primavera la sangre altera—respondió Brianna, sentándose junto a Cat.

—Es bueno para el negocio —apuntó Meg, bebiendo un sorbo de su espumante cerveza.

—Sí, no veo el momento de abrir las puertas de *Esencia Irlandesa* —alegó Cat haciendo referencia al nombre que habían decidido ponerle a Craig House al convertirlo en hostel.

—Pronto, muy pronto —vaticinó Brianna más ilusionada que a su llegada.

Casi podía palpar su sueño con la yema de los dedos. Si bien Meg se ocuparía de la cocina, Cat estaría en la recepción recibiendo a los clientes, y ella, bueno, eso era harina de otro costal, pero haría lo mejor que sabía hacer: dar masajes a los clientes que lo precisaran en la zona que habían habilitado como *Spa*. No era una habitación excesivamente grande, pero ella se había cerciorado de que fuese un lugar cálido y reconfortante a la vista. Lo demás tendría que recaer en sus manos, pero era muy consciente de que los años que había estado estudiando en la universidad la diplomatura de Fisioterapia y Enfermería habían sido bien empleados para un futuro muy cercano.

Las tres juntas siempre parecían ser un volcán de buenas vibraciones.

—Toma mi cerveza, Bree —le ofreció Declan—, voy a buscar la otra jarra a la barra.

—Gracias, hermano. Eres todo un caballero.

—No te acostumbres —le dijo sonriendo y guiñando un ojo a su esposa antes de alejarse.

—No me digáis que no es un encanto de hombre —comentó Cat, sin dejar de mirar el trasero de su marido.

—Si tú lo dices... —respondió Brianna antes de dar un trago a su consumición.

—Lo digo y lo declaro ante el mundo.

—Así se habla, Cat —dijo Meg, complaciente.

Brianna pudo ver el estado de felicidad de su cuñada. No cabía duda de que en esa pareja el amor fluía a raudales.

Caitlin y ella tenían la misma edad, y era preciosa, pensó Brianna. Habría dado cualquier cosa por tener ese cabello largo y oscuro rozando los omoplatos. Sus ojos, parecidos a la miel, eran muy expresivos, pero el brillo que se adueñaba ahora de ellos los hacía parecer más intensos y expresivos.

De las tres, ella era la más alta, la menos curvilínea y la más delgada. Tanto Meg como Cat poseían senos generosos que eran la mirada de muchos hombres, no así su caso y se maldecía mil veces por ello al cabo del día. La idea de pasar por el quirófano y aumentar un par de tallas su pecho la había desestimado hacía años. No veía ningún sentido arriesgar su vida para dar volumen a una zona de su cuerpo.

Los hombres no solían fijarse en ella y, una vez más, odió con más intensidad, si cabía, sus genes nórdicos.

—¿Dónde está Erick? —preguntó Brianna, intentando apartar de su mente esos pensamientos derrotados que no le hacían ningún bien.

—Con Nora —repuso Cat.

—Mi madre estará encantada esta noche —comentó Meg risueña al imaginarse a su madre consintiendo y mimando a su único nieto.

—No cabía en sí cuando le dijimos que se quedaría a dormir en su casa.

—Vaya, vaya... una noche a solas para los tortolitos —se burló Meg.

Cat rio a la vez divertida y nerviosa.

—Me alegro por vosotros, Cat... —comentó Brianna, pero su frase se cortó nada más ver entrar a Garrett por la puerta.

No pudo evitar que el corazón le diese un vuelco. ¡Maldita sea! ¿Cuándo iba a poder controlar o ignorar su presencia?

—Mirad, ahí llega Garrett —Meg se levantó de la silla y saludó a su hermano.

El aludido se percató de la presencia del grupo, devolvió el saludo elevando la mano, pero no llegó hasta ellas. Antes se detuvo a hablar con Declan que seguía apoyado en la barra.

Brianna no pudo evitar seguir todos sus movimientos. Garrett era como un imán para ella. Escuchó reír a sus amigas, pero no pudo encontrar el motivo que justificase sus risas.

De pronto, la música comenzó a sonar. Primero fue la armónica, seguida de la flauta, y, en último lugar, se unió la gaita a una melodía que invitaba a bailar. Los músicos eran algunos de los muchachos del pueblo que se ganaban un pequeño sobresueldo tocando sus instrumentos los fines de semana en el pub. Las personas concurridas allí no pudieron evitar moverse o seguir el ritmo de la música con las palmas de las manos o de los pies.

Varios turistas comenzaron a danzar. Brianna se percató de que no era para nada la danza irlandesa, pero ellos parecían estar pasándoselo genial y ofrecían un espectáculo que arrancaba las carcajadas de muchos de los aldeanos.

No pudo evitar sonreír cuando un muchacho tropezó con sus propios pies y cayó de bruces al suelo. El joven no pareció avergonzado y en vez de amilanarse, se acercó hasta la pelirroja más guapa del local, y la que más sonreía, y le ofreció su mano para sacarla a bailar.

Brianna se negó rotundamente, pero el muchacho, moreno y de ojos azules, no desistió de su

intento, la tomó de la mano y sin esfuerzo alguno la levantó de la silla. Un segundo después, Brianna se encontraba dando traspies en brazos de él.

Garrett mascullo una respuesta a la pregunta de Declan.

No podía evitar dejar de mirarla. Esa noche estaba preciosa y le gustó escuchar el sonido de su risa, si era sincero consigo mismo, creyó no haberla visto ni oído reír en años.

El muchacho, por su acento, parecía de origen español, tenía sus dedos enlazados a los de ella y la hacía girar sobre sus propios pies una y otra vez.

La sensación de posesión no se hizo esperar por parte de Garrett, pero supo que no podía hacer nada por evitarlo. Algún día, Bree se casaría y formaría una familia, y él solo sería un mero espectador de su felicidad. Ese pensamiento le hizo apretar la mandíbula con fuerza.

A Declan no le pasó por alto la inquietud de su amigo. Era conocedor de que, hacía algunos años, Garrett había sentido algo por su hermana, pero en ese tiempo, Bree no era más que una adolescente soñadora, y Garrett, ya un hombre con un barco a su cargo. Se vio en la necesidad de advertir a su amigo y dejarle claro que Bree no era para él. Garrett pareció entenderlo porque desde ese día no había dado indicios de que esos sentimientos siguiesen vigentes. Hasta hoy.

—Es mi hermana, Garrett —dijo Declan con la necesidad de advertirle que no le gustaba cómo la miraba.

—Eso me lo dejaste claro ya hace unos años —respondió el aludido, sin dejar de observar a Bree danzar feliz en brazos del desconocido.

—Por tu forma de mirarla no sé si se la quieres arrebatar a ese tipo de los brazos o liarte a puñetazos con él —repuso Declan, sin perder la oportunidad de dar un trago largo a su cerveza.

—Lo que quiera o no, no es asunto tuyo—rugió Garrett, mirándolo por primera vez a los ojos—. Hace años te hice una promesa y la voy a cumplir.

—Garrett... espera —dijo Declan, al ver alejarse a su amigo con grandes pasos y con un humor de perros en dirección a la puerta.

Garrett hizo oídos sordos a la llamada y se dirigió al exterior del local. Agradeció el frío que lo envolvió y dejó que los pies lo llevaran a un lugar no predestinado. No deseaba carcomerse por dentro, necesitaba evadirse y no pensar en ella, ya que la sensación de vacío, con el paso de las semanas, se hacía cada vez más evidente y profunda. El hecho de que ella no le hubiese dirigido más de dos frases seguidas desde su llegada, le dejaba bien claro cuál era su lugar, y lo peor de todo era que lo tenía bien merecido. Sabía que le había hecho daño y que había rechazado su amor de juventud de un solo plumazo. Pero en ese momento creyó que era lo correcto y la alusión de Declan a la edad que los diferenciaba era más que evidente.

Ella no era más que una niña, solo contaba diecisiete y él casi treinta años cuando le confesó su amor pueril, porque así lo había definido él hasta ese momento.

No pudo evitar recordar el instante en el que Brianna había intentado besarlo y, ¿qué había hecho él? Devolverle una sarta de acusaciones y mentiras que en aquel momento ella creyó a causa de su inocencia. Nunca olvidaría aquellos ojos verdes heridos por sus palabras, esa mirada dolorosa que lo acompañaba cada noche cuando se acostaba en la cama tras una larga jornada de trabajo como si fuera una penitencia que debía llevar a sus espaldas el resto de sus días.

A partir de ahí, nada volvió a ser lo mismo. Se reunían en grupo, hablaban y reían, pero entre ellos dos había un terreno pantanoso que ninguno de los dos se atrevía a traspasar.

Sin embargo, en ese momento las cosas eran bien diferentes ya que ella era toda una mujer, bella e inteligente, y llegó a la conclusión de que merecía un hombre opuesto a él. Era la única manera de resarcirse de sus pecados: necesitaba verla feliz.

No pudo evitar sentirse culpable, porque no era cierto que estuviera cumpliendo la promesa de Declan, aunque si hubiese ocurrido hacía un par de años, le habría importado un bledo, pero ahora Declan y él volvían a ser amigos de nuevo. Dio un puntapié a una piedra y la lanzó por el aire varios metros.

Brianna lo vio desaparecer en las sombras de la noche con las manos en los bolsillos y cabizbajo. No pudo evitar tomar una respiración profunda y exhalar con fuerza todo el aire contenido en sus pulmones. Llegó a la conclusión de que Garrett no podía verla sonreír ni divertirse. Se había marchado como había venido, sin dirigirle la palabra.

Quizá el término odio tomó un significado nuevo para ella. «Garrett ya no tolera mi presencia», pensó mientras las lágrimas pugnaban por salir al exterior, pero las ignoró. Había llegado el momento de olvidar y dar carpetazo al pasado.

Ahora tenía algo por lo que luchar, se dijo, por una casa y un negocio, y tenía la intuición de que le iban a dar las alegrías que tanto necesitaba en su vida.



Esencia Irlandesa

Capítulo 3

Brianna ascendió por las escaleras que daban acceso a las habitaciones, pasó una mano por la bruñida balaustrada y le gustó la suavidad que le devolvía la madera al tacto. No había sido fácil devolverle a la casa el espíritu de años atrás cuando vivía su abuela, pero había hecho todo lo posible para lograrlo. Habían arreglado el tejado, instalado la calefacción y tirado algunos tabiques en la planta baja, para construir zonas más diáfanas; los suelos se levantaron y fueron nivelados con tarima flotante; las ventanas de madera dieron paso a otras que aislaban de la humedad y del viento frío y persistente de Irlanda. Había sido una tarea complicada y bastante costosa, pero ya era un hecho, y se sentía muy orgullosa de ello.

Hacia dos semanas que se había encontrado con Garrett en el pub; desde ese día no lo había vuelto a ver y, en una parte ínfima de su corazón, se alegraba de ello. Sabía por Meg que se encontraba bien y que salía a pescar cada día al mar. Se mintió a sí misma diciendo que no le importaba en absoluto, pero era muy consciente de que no era cierto. Si su hermana no sacaba el tema, ya hacía ella por hacerlo relucir y saber que Garrett llevaba su rutina diaria. Eso era un hecho más que probable de que se encontraba bien.

Alcanzó el último peldaño y le gustó lo que vio, seis puertas cerradas lacadas en blanco, con un medallón de porcelana incrustado a la altura de los ojos. Cada uno representaba una flor que daba nombre a las habitaciones. Le había parecido una manera bonita y romántica de dar carácter y una esencia diferente a cada estancia. Así que, en vez de encontrarse en la planta de arriba, pareciese que el cliente paseaba por un jardín: Camelia, Jazmín, Azalea, Dalia, Violeta y Rosa. Esos eran los nombres que había designado a cada una de ellas. Las paredes de las habitaciones estaban pintadas de un color neutro y decoradas con muebles *vintage* que había comprado en una tienda de antigüedades en el centro de Cork y que tanto se parecían a los que había en la casa, en su mayoría de principios del siglo XIX. El recuerdo de la cera de abeja que utilizaba su abuela para dar brillo y limpiarlos vino a su mente como un golpe seco y no pudo evitar la nostalgia que se apoderó de ella en cuerpo y alma. Las habitaciones eran todas del mismo tamaño, solo se diferenciaban por las telas y los tonos, ya que cada una de ellas vestía según el color que le daba el nombre de la flor.

Se decidió a entrar en la de la Camelia y nada más traspasar la puerta le gustó lo que vio. Una enorme cama presidía la estancia; estaba cubierta con un edredón blanco de plumas y, sobre la almohada, seis cojines de varios tamaños y de colores que abarcaban desde el blanco hasta el rosa más intenso. La cama era custodiada por dos mesitas de noche idénticas con un cajón cada una; sobre una de ellas, una pequeña caja de bombones y una tarjeta dando la bienvenida al huésped, y sobre la otra, un pequeño teléfono que comunicaba con recepción. El cabecero era un cuadro pintado por Robert, un joven que se había instalado en Ballycotton hacía un par de años y que había estudiado bellas artes en Nueva York.

Nada más ver su obra, Brianna se enamoró de las pinturas de Robert y el resultado había superado con creces lo esperado por ella. Daba la sensación de que, al estirar la mano, podías tomar una de las camelias que parecían crecer en el interior del cuadro.

Sorteó el baúl que descansaba a los pies de la cama y se acercó hasta la ventana. Sutilmente deslizó los dedos por la ínfima tela que cubría los cristales y se dejó encandilar por el paisaje que encontró a través de ella. Nunca dejaba de sorprenderse por el intenso verde que cubría la tierra que la había visto nacer. Amaba ese paisaje con toda su alma, aunque no fuese el lugar donde encontrase la felicidad que tanto anhelaba. Pero, en fin, las cosas venían como tenían que venir, de nada servía enfrentarse al destino. El mar estaba en calma y una pequeña cala recibía las ondulantes olas como un paraje sediento. Le gustaba la soledad que transmitía la playa en aquella época del año.

A lo lejos divisó una figura humana que se acercaba, sorteando las rocas. No fue necesario preguntarse quién era porque el corazón golpeó con fuerza contra su pecho como cada vez que se encontraba con Garrett. Era cerca del mediodía, «quizás esté de vuelta de su jornada laboral», pensó. De pronto, necesitó su cercanía y se dijo que sería una estúpida si dejaba pasar esa oportunidad. Ella, al igual que él, iba a pasar muchos años en el pueblo y no deseaba seguir esquivándolo el resto de su vida.

Salió de la habitación decidida y, con paso raudo, bajó las escaleras precipitadamente, no dándose tiempo para pensar. Casi tropezó con Cat al llegar a la recepción.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —le preguntó.

—Necesito salir —fue la escueta respuesta de Brianna.

—Y yo, hablar contigo... Nora se va a ir a...

—Luego, Cat —la interrumpió—. Luego me lo cuentas.

Cat cerró la boca de golpe. Conocía demasiado bien a Bree y podía percibir su nerviosismo a leguas de distancia. La vio desaparecer por la puerta principal como una exhalación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Meg, secándose las manos al salir de la cocina.

—Bree, parecía nerviosa.

—Bueno —Meg elevó los hombros despreocupadamente—, la inauguración será dentro de dos días. Es lógico que esté preocupada, ¿no?

—No sé, Meg. Desde que hemos llegado que no es la misma —dijo al tiempo que se acercaba a una de las ventanas—. Le falta ese brillo en los ojos. Si tuviera que encontrar una palabra para describirla, sería la de tristeza.

—Creo que exageras.

Cat se acercó a la última ventana, pasando por delante de la enorme chimenea que presidía el salón-recepción, descorrió el visillo y vio a través de los cristales como Brianna se dirigía con paso apresurado hacia la pequeña cala que había en la parte posterior de la casa.

Meg se unió a ella y depositó la barbilla en el hombro de su prima con la intención de ver

mejor lo que ocurría en el exterior.

—¿Ese no es Garrett? —preguntó Megan, con las cejas fruncidas, al ver una silueta en la lejanía.

—Vaya, vaya. Así que es eso —dictaminó Cat, haciendo que el cristal se empañara por la cercanía de su voz.

—¿A qué te refieres? —inquirió Meg, limpiando con el paño la nube de vaho en el cristal que impedía ver a Brianna y a Garrett.

—¿No sabes su historia?

Meg dejó de mirar por la ventana para centrar su atención en Cat.

—¿Por qué tengo la sensación de que me he perdido algo importante?

—Es lógico, tú eras demasiado pequeña para recordarlo —le comentó Cat, sin dejar de mirar hacia Brianna.

Meg, a veces, tenía la impresión de haber vivido en otra época muy diferente a la de su amiga y su prima. Bien era cierto que ambas le sacaban al menos cinco años y siempre tenía la sensación de que iba un paso por detrás de ellas, pero el hecho de perderse un romance entre su hermano y una de sus mejores amigas no era algo usual en ella.

—Eras todavía muy niña, tendrías doce o trece años a lo sumo —le comentó Cat, mirándola por primera vez a los ojos.

A Meg no le hizo falta que le hiciese referencia a esa etapa de su vida. Había sido cuando su padre se había marchado y Garrett, su hermano, había tenido que pasar de ser el hijo mayor a nuevo patriarca de la familia. Ella había sido un regalo inesperado para sus progenitores y su madre, desde el mismo día de su nacimiento, la había protegido de todos los agentes externos que pudieran hacerle daño.

A lo largo de su vida, Meg había preguntado en innumerables ocasiones sobre su padre, pero todas las respuestas recibidas habían sido evasivas o enojos por parte de Garrett a los que no le encontraba sentido. Quizás esa fuese la razón de que odiase con toda su alma el día de San Patricio, porque fue exactamente esa fecha cuando su padre se había marchado, dejando atrás a su familia y, seguramente, todos los recuerdos ligados a esta. Pocos meses más tarde, llegó su prima Caitlin para quedarse con ellos. Ella tenía su propia historia, pero tras el matrimonio con Declan parecía que las sombras de su pasado se hubieran difuminado para dar lugar a un presente feliz junto a su marido y el fruto de esa relación, Erick, un niño precioso y maravilloso que tenía encandilada a Nora, su madre.

—¿Quieres un té? —le preguntó a la que ya consideraba más una hermana que una prima—. Creo que es el momento de que me hables de la vida amorosa de mi hermano.

Cat deslizó el visillo con los dedos hasta soltarlo. Sonrió abiertamente.

—La hora del té no será larga, créeme. Tu hermano, que yo sepa, no tiene un currículum intenso a la hora de hablar del amor.

—No importa —le respondió Meg, con una sonrisa pícaro en los labios—. La información es poder, ¿no lo sabías?

Cat enhebró su brazo con el de Meg y sonrió abiertamente.

—Por dónde empiezo... —Cat pareció meditarlo unos segundos, pero al ver a Meg poner los ojos en blanco, decidió comenzar—. Había una vez, un hombre muy gruñón...

—El inicio suena interesante —se burló Meg.

—Espera a escuchar el final, y luego me das tu parecer —alegó Cat, mientras atravesaban la recepción en dirección a la cocina.

A Brianna se le aceleró más el corazón, como si eso fuera posible, al ver que la distancia entre Garrett y ella se acortaba. El paso de él era decidido, pero parecía pensativo, no se había percatado de su presencia, por lo que le dio a ella la oportunidad de contemplarlo mejor. El viento lo había despeinado, aunque a él no parecía importarle. En una de sus manos llevaba una jaula para cangrejos que se balanceaba al ritmo de su paso. A pesar del frío, solo vestía una camisa de cuadros y una chaqueta de lana; los pantalones vaqueros daban la sensación de que estar húmedos por la parte de abajo, lo que hacía que se adhirieran a su pantorrilla. Caminaba despacio, sin prisa, como él solía hacerlo.

Brianna dudó en seguir avanzando o quedarse allí de pie para provocar que él se encontrara con ella. Optó por lo segundo y decidió esperar entre la espesura de la niebla que se estaba formando a medida que avanzaba el día. Alzó su mirada al cielo y observó cómo las plumizas nubes ocultaban los últimos rayos de sol. El viento le revolvió ligeramente el cabello y pudo sentir cómo llegaba a tierra una mezcla de humedad y olor a salitre, lo que se traducían en que muy pronto iba a llover, algo que admiraba y al mismo tiempo odiaba, de su preciada isla.

Con las prisas, no había cogido ninguna prenda de abrigo; se amonestó por ello, pero ya no había vuelta atrás, así que se rodeó con los brazos para buscar un poco más de su propio calor corporal. Suspiró con fuerza mientras se retiraba un mechón de pelo de su rostro, pero el viento, frío y helado, le robó su exhalación y el gesto. Levantó la cabeza y esperó atenta a que Garrett advirtiese su presencia.

Garrett caminaba absorto a lo acontecido en la mañana. Estaba contento porque la pesca del cangrejo había dado sus frutos y pudo vender todo lo capturado. El hecho de liquidar más de cincuenta cajas de crustáceos, le daba la posibilidad de echar números y contabilizar los gastos que tendría ese mes. Tenía que reconocer que algunos meses había pasado verdaderos apuros para pagar los sueldos de Patrick y Sean y, aunque en ocasiones se hubiese planteado la posibilidad de prescindir de uno de ellos, la conclusión fue la contraria: no podía hacerlo porque de él dependían las familias de sus dos ayudantes. A veces no quedaba otra opción que arremeter con el día a día. Y luego estaba la flota de pesca que poseía Declan Craig; Garrett no podía eludir la competencia que ejercía sobre su barco y, por qué no decirlo, sobre sí mismo y sus hombres.

Caminó con paso firme, a pesar de que la arena húmeda hundía sus botas. No le importó puesto que un poco de ejercicio siempre le venía bien, aunque el cansancio ya se hacía evidente en su cuerpo; lo cierto era que llevaba desde las cinco y media de la mañana en pie. Aun así, le encantaba su vida en Ballycotton, claro que él no era el más indicado para opinar al respecto, nunca había salido del pueblo. Y no le importaba, allí era feliz con lo que poseía. Bueno... si era sincero consigo mismo, no tanto como hubiera deseado, ya que la presencia de Brianna lo incomodaba; y mucho. Pero poco podía hacer al respecto.

Recordó la última vez que la vio en el pub y esa punzada de deseo que renacía cada vez que la encontraba no se hizo esperar. «Cálmate, O’Ryan, esa mujer no es para ti». ¿Cuántas veces podía repetir esa misma frase al cabo del día? No las podía enumerar porque perdía la cuenta al cabo de una hora. Debía ser consecuente consigo mismo y no buscar pretextos para volverla a ver. Esta semana casi lo había conseguido y se sentía orgulloso de su hazaña.

«No es tan difícil», pensó mientras avanzaba, pero el color de los ojos de Brianna sacudió sus instintos más primitivos. Era tan estúpido que había bautizado a su barco como *Green Star* en

recuerdo a la mirada de ella, verde y profunda.

Se preguntó si ella seguiría siendo virgen. Soltó un improperio en voz alta e intentó tragar la combinación de rabia y desasosiego que se agolpaba en su garganta. «Por supuesto que no», pensó, preso del malestar que se apoderaba de él. Solo el hecho de imaginarse a Brianna en manos de otro hombre le producía un arrebató de rabia e impotencia que parecía que pudiese volverse loco de un momento a otro.

Evitó, con un zigzag, que una ola mojase sus botas y miró hacia mar adentro. Muy pronto llegaría la tormenta a tierra; por esa razón había decidido llegar antes a puerto y refugiarse del rugido del océano. Decenas de gaviotas graznaban y sobrevolaban por encima de las rocas, signo inequívoco de que el mal tiempo se avecinaba.

Al levantar la cabeza, de repente, le pareció ver un espejismo: Brianna estaba allí de pie, abrazada a sí misma y con su preciosa melena peinada por el viento, aguardándolo. Abrió y cerró los ojos varias veces esperando que la imagen se desvaneciese, pero al ver que ella cambiaba su peso de una pierna a otra, todas sus esperanzas se desvanecieron.

Tenía razón, se aproximaba una tormenta, pero no era la que él esperaba, sino otra bien distinta. Bree no sonreía, solo lo esperaba a él, y esa sensación lo hizo ponerse en alerta. No iba ser nada fácil controlar el tumulto de excitación que se concentraba contra la cremallera de sus pantalones vaqueros.



Esencia Irlandesa

Capítulo 4

Garrett llegó hasta ella y, aunque lo más lógico habría sido saludar, no lo hizo porque, de alguna manera, sabía que no iba a ser una conversación cordial entre dos adultos. Así que optó por lo que mejor sabía hacer: ignorarla.

—Te estaba esperando —confesó ella sin dejar de abrazarse, como si quisiera con ese gesto protegerse de la presencia de él.

—Pues ya estoy aquí —fue su escueta respuesta.

Por la sombra de su mandíbula, supo que no se había afeitado hacía al menos un par de días; intentó obviar esa percepción, pero no pudo evitar pensar que esa incipiente barba le daba un aspecto más fiero.

El silencio se prolongó de una manera insoportable. Lo miró, tratando de adivinar lo que estaría pensando; pero eso con Garrett nunca era posible. Se retiró un mechón de pelo que el viento le había revuelto, y al fin, dijo:

—Garrett, debemos hablar.

La boca del hombre se mudó en un gesto desdeñoso.

—Tú dirás.

Ella no se amilanó al ver que él no la miraba a los ojos.

Garrett guardó un prudente silencio. Apretó la mandíbula, flexionó los músculos y su frustración debió resultar palpable cuando se percató de que Brianna lo miró con los ojos llenos de resentimiento.

Se esforzó por guardar la compostura, era la primera conversación que tenían en años y no iba a desaprovechar la oportunidad de poder hablar con él.

—Vivimos en el mismo pueblo —continuó ella—, y tenemos amigos en común...

—Soy muy consciente de ello, Brianna —objetó él, en un tono hosco.

A ella no le pasó desapercibida la inflexión de su voz, pero no se dio por vencida. Tenía muy claro que se encontraba ante el primer asalto.

—Sé que me dejaste claro que no me querías, quizá por esa razón deberíamos dejar el pasado atrás y centrarnos en el presente —le dijo con toda la calma que consiguió reunir—. Podemos ser

amigos, por el bien de ambos —le sugirió ella, ajena al tumulto de pensamientos que bullía en la mente de él.

Los ojos de Brianna le advertían de que debía pisar con pies de plomo.

—Está todo hablado, Brianna, creo que quedó todo muy claro un año antes de que te fueras a la universidad —respondió él, con voz dura y acerada.

El corazón de Brianna dio un vuelco al escuchar aquello. Pero no por ello, desistió.

—Garrett, mírame.

Por primera vez, él se centró en ella. Ella lo miraba fijamente. Llevaba muchos años alejado de Brianna, tantos que ya no llevaba la cuenta, pero recordaba esa mirada intensa y profunda, verde como la hierba. Fue un golpe a su ego. Allí estaba ella, sugiriéndole que fueran amigos, que olvidasen el pasado de un plumazo, como si fuera tan fácil.

No había que borrar solo el momento en que estuvieron a punto de besarse. Tendría que hacer desaparecer las innumerables noches en vela pensando en ella, los momentos perdidos del día con su recuerdo y la nostalgia de su ausencia a lo largo de una eternidad, el tiempo que ella había estado fuera de Ballycotton.

No, no era tan fácil y no deseaba ser su amigo; anhelaba ser su amante, el hombre que la hiciese gritar de placer en las noches frías de invierno y en las veladas cálidas de los meses de verano. Necesitar, en todos los momentos de su vida, la sensualidad en sus labios vivos y carnosos. No, por nada del mundo deseaba ser su amigo y lo de ser su amante quedaba totalmente descartado; la había visto crecer y convertirse en la mujer que era hoy en día.

—Sé que no es fácil, pero podemos intentarlo —se apresuró a decir ella ante el silencio instaurado entre ellos.

—No.

Brianna apartó el pelo de la cara para poder ver su rostro. Lo buscó con la mirada intentando descifrar su respuesta. La rabia comenzó a hacer mella en ella y no pudo evitar que un leve rubor se extendiera por sus pómulos.

—¿No?

—Creo haber sido claro y conciso y sé que eres una mujer muy inteligente, no me hagas repetírtelo.

La mirada invernal de Garrett la atravesó, como un rayo atraviesa las nubes en plena tormenta.

—Eres un maldito egoísta —estalló ella, a la vez que lo apuntaba con el dedo en el pecho—, solo sabes pensar en ti.

—Es posible —respondió él, mientras apretaba con fuerza los dedos alrededor de la jaula, como si con ese gesto pudiese eliminar la rabia contenida.

—Puedo reconocer que no soy la mujer de tus sueños —bramó ella, herida y fuera de sí, barriendo el aire con las manos—, pero por una vez nos podemos comportar como dos adultos.

—¿Sabes?, tienes razón —la vio enarcar las cejas—, no, no eres la mujer de mi vida y tampoco quiero ser tu amigo. ¿Te ha quedado claro? —El dolor que vio en sus ojos le hizo sentirse el ser más despreciable de la tierra, pero aun así continuó hablando con firmeza. Necesitaba liquidar esa situación de una vez por todas, por el bien de ambos—. No habrá un nosotros, Brianna, y te lo digo en el más amplio sentido de la palabra.

De repente, las gaviotas dejaron de graznar para dar paso a un relámpago que rompió el cielo con su brillo cegador. Segundos después se dejó oír el trueno y las aves buscaron refugio, pero ellos se quedaron inmóviles, mirándose mutuamente, como si fueran dos desconocidos en busca de un nexo común.

—Debo irme —arguyó él. No pudo seguir mirándola a los ojos y apartó la mirada—, lloverá de un momento a otro.

Brianna se quedó quieta, evocando las hirientes palabras de él. Sus piernas comenzaron a temblar como la gelatina y el frío viento venido de altamar envolvió su cuerpo, como si se tratase de una capa helada. Se quedó allí quieta, sin poder moverse. Escuchó los pasos de Garrett a su espalda, pero no se volvió; lo sintió marchar y esta vez supo que sería para siempre.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer y el aguacero no se hizo esperar, pero ella permaneció inmóvil sobre la arena de la playa. Percibió como el aguacero le calaba cada centímetro de su piel. La realidad se abrió paso por primera vez en la mente de Brianna.

Garrett no la quería en su vida. Y eso podría aceptarlo... si no estuviera enamorada de él. Miró hacia arriba con expresión de disgusto, tragó saliva y las lágrimas se entremezclaron con la llovizna.

Intentó deshacerse de esa horrible sensación, pero no lo logró. ¿Cómo era posible volver a perder algo que nunca le había pertenecido? Cerró los ojos con fuerza y cuando los abrió ya no había ni rastro de Garrett; eso la alivió porque no deseaba que él la viera en ese estado. Se giró. Con un nudo en la garganta, corrió y corrió tanto que le pareció que sus pulmones iban a estallar. Ascendió la pequeña duna con las escasas fuerzas que le quedaban, dejando una extraña sensación de arena húmeda entre los dedos. Una vez sobre la hierba, volvió a poner un pie tras otro hasta que alcanzó la velocidad adecuada para distanciarse de la playa.

No importaba; todas sus concesiones respecto a Garrett ya tenían respuesta. Claro que no eran las que ella esperaba. Las rodillas cedieron en la carrera y cayó sobre la hierba húmeda por el aguacero. Exhaló un suspiro de derrota y se quedó allí a merced de la lluvia. Rastrilló el barro entre sus dedos, bajó la cabeza y rompió a llorar con tal intensidad que creyó que iba a desvanecerse allí mismo; lloró por su estupidez, pero, sobre todo, lamentó la pérdida del amor que nunca le había pertenecido.

—¿Qué demonios... te ha pasado? —exclamó Cat al ver a Bree entrar por la puerta calada hasta los huesos y llorando amargamente.

—Estoy bien —mintió Brianna. No se imaginaba que tuviera tan mal aspecto, pero al ver el rostro de estupefacción de su amiga supo que estaba hecha un desastre.

—¡Meg! —gritó Cat.

Meg no se hizo esperar y apareció rauda hasta recepción.

—¿Qué ocurre...? —Su frase quedó entrecortada al ver el semblante de Bree.

—Rápido, Meg, trae toallas y llena la bañera de agua caliente —la instó Cat a la vez que se acercaba a Bree—. ¿Necesitas un médico? —preguntó preocupada.

—No, es... estoy bien —tartamudeó Brianna por culpa de la humedad de su ropa y el frío que traspasaba la piel, hasta llegar a los huesos.

Meg volvió a los pocos minutos con varias toallas secas en las manos. Miró a Cat en busca de una respuesta, pero por el gesto que le ofreció su prima supo que aún no tenía conocimiento de lo ocurrido.

Cat alcanzó una, la desdobló e inmediatamente rodeó el cuerpo tembloroso de Brianna. No pudo evitar abrazarla y depositar un cálido beso en la mejilla de su amiga.

—Ya estás aquí, con nosotras. Todo saldrá bien, Bree.

Quizá fuera el tono de voz de Cat o el calor de la reconfortante toalla lo que hizo que Brianna rompiera a llorar de nuevo.

Cat la abrazó más, mientras Meg se colocó a su espalda y la rodeó con fuerza, ofreciéndole ese cariño que tanto parecía necesitar en ese momento.

Estuvieron así varios segundos. Tanto Caitlin como Megan percibían el temblor y las sacudidas de Brianna entre sus brazos.

—No me quiere —confesó al fin Brianna, como si con esa afirmación le quitase un peso de encima.

Las dos amigas se separaron un poco más de su cuerpo para mirarla directamente a los ojos.

—¿Hablas de Garrett? —inquirió Cat sin dejar de mesarle el pelo húmedo.

Brianna asintió despacio.

—¿Qué ha hecho esta vez el bruto de mi hermano?

—No ha hecho nada, Meg; solo ha sido sincero. Eso es todo.

—Lo siento, Bree —la voz de Meg flaqueó—, por el hecho de ser su hermana, me siento en parte responsable.

—No, no pienses así —Brianna movió la cabeza con actitud de negación—. Garrett es un buen hombre. Sabe lo que quiere, eso es todo. El hecho de que yo no esté dentro de sus planes no significa que sea culpable de nada.

—Es demasiado bruto para darse cuenta de lo estúpido que es —comentó Meg con tono enérgico.

—No, no lo es. Ha sido sincero y es algo que debo agradecer —dijo Brianna con voz temblorosa.

—Te queremos y eso es lo único que importa ahora.

Brianna vio a Cat asentir y con ese gesto apoyar la declaración de su prima.

—Lo sé —fue lo único que pudo decir Brianna antes de que la garganta le ardiera y sus mejillas se humedecieran de nuevo a causa de las lágrimas.

—Será mejor que vaya a comprobar el agua de la bañera —se disculpó Meg, antes de abandonar la recepción con cierta reserva.

—¿Bree?

Brianna alzó la cabeza y se encontró con el rostro cargado de preocupación de su amiga.

—Estaré bien, Cat, solo necesito tiempo —respondió, ajustándose más la toalla al cuerpo.

A Cat no le pasó por alto que Brianna hablaba en futuro. La pregunta era: ¿sería un futuro cercano o lejano en el tiempo?

—Te acompañaré hasta el cuarto de baño —dijo resolutiva—. Si sigues con esa humedad en el cuerpo, seguro que pillarás una neumonía.

Brianna se dejó guiar, porque en el fondo de su ser sabía que no le quedaban fuerzas para nada más que no fuera respirar.

El agua caliente calmó su cuerpo, pero no así su mente. Atrapó con los dedos el jabón de limón y miel que Meg le había dejado al borde de la bañera. Era una suerte que su amiga, a la vez de cocinar de maravilla, elaborase ella misma sus propios jabones. Sin duda, sería una nota de calidad para el buen nombre de la casa.

Dejó que el jabón acariciase su piel y se embriagó por el aroma cítrico y a la vez dulce de éste. Se negó a pensar en Garrett; tras media hora metida en la bañera, llegó a la conclusión de que él tenía todo el derecho a elegir quien entraba o salía en su vida. Echó una pequeña cantidad de champú en la palma de la mano y se enjabonó el cuero cabelludo, despacio, formando una fina

capa de espuma. El simple hecho de lavarse el pelo la hizo mitigar algo su dolor. Necesitaba que el agua y el jabón se llevaran el nefasto recuerdo vivido en la playa que parecía haber quedado impregnado en su piel.

Una vez aclarado el cuerpo y el cabello, salió de la bañera. El frío volvió a recorrer su cuerpo, pero esta vez era totalmente diferente, podía hacer frente a ello. Se secó con ayuda de una toalla y se vistió; primero la ropa interior, y después con unos pantalones vaqueros y un jersey de cuello cisne, en tono azul, que le había llevado Meg una vez ya en la bañera.

En realidad, se sentía muy afortunada, ya que no estaba sola. Era muy consciente de que, una vez que saliese del cuarto de baño, sus amigas estarían allí, esperándola. Pensó en sus padres fallecidos años atrás, pero intentó que ese pensamiento no la afectara. Por ellos ya había llorado y pasado el duelo. Por Garrett, sin embargo, no todo lo que necesitaba.

Una vez secó su extensa melena con el secador, llegó hasta la cocina; como suponía, Meg y Cat seguían allí. Sobre la mesa, té y unas galletas de mantequilla y frambuesa que no le cabía la más mínima duda de que eran obra de Meg.

Ambas la miraron con intensidad, quizá buscando algún indicio de la mujer que una hora antes había llorado abrazada a ellas.

—He de reconocer que un buen baño obra milagros en ti —declaró Cat, con la taza humeante entre las manos y cerca de los labios.

—Estoy mejor. Muchas gracias a las dos.

—Las amigas no se dan las gracias —comentó Caitlin, tras beber un sorbo de té de su taza—, simplemente, se apoyan las unas a las otras.

Brianna esbozó una tenue sonrisa, aceptando de buen grado las palabras de su amiga.

Meg tomó una taza de porcelana blanca, situada dentro de uno de los armarios, y se dispuso a verter el té caliente dentro, con cuidado de no quemarse.

—¿Azúcar? —preguntó mientras señalaba el azucarero.

—No, gracias, Meg, así está perfecto.

Meg alzó la mano y le ofreció la taza humeante.

—Te vendrá bien.

—No lo dudo —dijo Bree aceptando la taza.

Solo oler su contenido, Brianna pareció más reconfortada.

—Nadie sabe hacer té como tú, Meg —le confesó.

Un leve rubor se extendió por las mejillas de la aludida.

—¿Vas a contarnos lo que ha ocurrido? —preguntó Cat, como si estuviera hablando del tiempo.

Brianna sabía que, si se negaba a hablar de ello, no ocurriría nada. Sus amigas lo comprenderían. Pero estaba segura de que tanto Meg como Cat estaban preocupadas. Sin lugar a dudas, ella también lo estaría en el caso de que alguna de ellas dos apareciese en un estado tan lamentable, como lo había hecho ella. Además, después del relajante baño, los hechos no parecían tan abrumadores. Solo debía aceptar una realidad impuesta, pero estaba dispuesta a intentarlo por el bien de su salud mental.

Bebió de su taza y observó por el borde de esta que sus dos amigas estaban expectantes.

—No hay mucho que contar —comenzó a decir ella mientras se calentaba las manos a través de la porcelana—. Hablé con Garrett y él me dejó muy clara su opinión respecto a nosotros dos.

—Pensé que lo habías olvidado, que lo vuestro ya era pasado—argumentó Cat.

—Y de alguna manera, fue así, pero... más que olvidar, mi mente lo había escondido en un lugar recóndito de mi cerebro. Y, al llegar a Ballycotton, fue como si hubiera despertado de un

coma profundo, sin tener en cuenta el paso de los años.

—No tenía ni idea de tus sentimientos hacía mi hermano —vaciló Meg—. Pero te puedo asegurar que me cuesta, y mucho, imaginar a mi hermano besando a una mujer y más, si cabe, que sea una de mis mejores amigas.

—Lo siento mucho, Meg, debería habértelo contado...

Meg meneó los hombros como si se sacudiese un pequeño peso.

—No te disculpes, Bree, soy muy consciente de que el pasado hay que dejarlo atrás, inamovible para no enturbiar el presente —le dijo, aunque ella no pudiera hacerlo realmente.

Brianna supo en el acto que lo dicho hacía referencia a su padre. Era lo que tenía ser buenas amigas, casi hermanas, no había que ser excesivamente explícita, todo se podía leer entre líneas.

—Bueno, ¿estáis preparadas para que os cuente mi desastroso encuentro con Garrett? —inquirió Brianna más recuperada.

—Antes, come alguna de las galletas que ha horneado Meg, no creas que no las vas a necesitar. Las calorías y el azúcar ayudan en buena parte a eliminar las penas y los desencuentros amorosos —subrayó Cat, risueña.

—Creo que tienes razón —reconoció Brianna, alcanzando una sabrosa galleta del plato.

—No lo dudes, amiga.

Mientras se deshacía la sabrosa textura en su boca y se vanagloriaba de su exquisito sabor, Brianna pensó en que debía relatarles con todo detalle lo sucedido en la playa.

«El dolor de la decepción», pensó, «es menor cuando lo compartes con la gente que quieres».



Esencia Irlandesa

Capítulo 5

Garrett soltó una imprecación cuando una de las nasas le hizo un rasguño profundo en el pulgar; examinó la herida, pero vio que no tenía relevancia alguna. Debía tener cuidado, ya que necesitaba ambas manos para trabajar. Intentó ignorar la punzada del dedo, que cada vez se hacía más patente, y volvió a su labor, la rutina que conocía desde hacía tantos años y que ya se perdía en el tiempo.

No había tenido otra opción que ponerse a trabajar cuando su padre los abandonó. En aquel instante tuvo que tomar las riendas y aceptar el vacío que había dejado su progenitor; como cabeza de familia. Apenas era un muchacho imberbe, que aún no tenía asimilado el concepto de ser hombre y, mucho menos el de gestionar las responsabilidades de su hogar. De hecho, ni siquiera poseía el suficiente nivel de hormonas para enfadarse con el mundo, por sentirse abandonado de la noche a la mañana.

Echó el cebo en el interior de la nasa y lo lanzó por la borda, con la esperanza de que cientos de cangrejos cayesen en la trampa mortal. Su oficio no tenía secretos para él, ya que el viejo Aidan O'Connor le había enseñado todo lo que hoy sabía. Había sido él quien lo había iniciado en el arte de la pesca y le había mostrado todos los secretos habidos y por haber respecto a su oficio y el de la vida. Por mucho que algunos pensasen lo contrario, el arriesgar la vida cada amanecer tenía un precio muy alto a pagar. A la mente le vino la imagen de su amigo desde la niñez, y no pudo evitar una mueca agria al recordar la flota de barcos y el despacho donde se encerraba cada mañana Declan Craig para realizar su trabajo.

Declan Craig. Solo pronunciar su nombre, le hastiaba. Le había hecho una promesa: no tocar a Brianna; y hasta ahora la había cumplido. Los trece años de diferencia entre ambos eran un obstáculo insalvable y él lo sabía mejor que nadie.

Brianna necesitaba encontrar un hombre que la hiciese feliz y le diese unos maravillosos y guapos niños.

Dos mundos diferentes y tan paralelos al mismo tiempo.

Una nasa cayó a proa y él se agachó para recogerla. Debía quietarse a Brianna de la cabeza de una vez por todas o se volvería loco de atar.

El comienzo no había sido nada fácil ni para él ni para Aidan O'Connor, vecino de la zona, viudo desde hacía más de diez años. Pero con el tiempo y una caña (nunca mejor dicho), habían llegado a un entendimiento mutuo que se había transformado con el paso de los años en respeto, comprensión y aprecio. Lamentó la muerte de su mentor con toda su alma. Aún lo echaba de menos —sonrió para sus adentros— el muy cascarrabias estaría discutiendo con Jesucristo sobre el mejor método de pesca, no le cabía la más mínima duda.

Tenía que agradecerle que le había dejado su barco de pesca como herencia, pero quizá lo más valioso eran los valores que le había inculcado hasta el día de su muerte y por esa razón sabía que estaba haciendo lo correcto respecto a Brianna.

El viejo pescador le mostró el camino que debía seguir para convertirse en el hombre de provecho que era él hoy en día y así iba a continuar; no se iba a desviar de su camino. Era la solución perfecta y lo mejor para todos.

Contrajo los labios y miró hacia el cielo.

—Lo hago lo mejor que puedo, ¿de acuerdo? —clamó al cielo. —Tú tampoco ayudas.

Por supuesto, no espero ningún tipo de réplica. Dios estaba demasiado preocupado en ese momento amontonando nubes.

Dejó escapar un largo y hastiado suspiro cuando su mente volvió hasta Bree, como hacía tantas veces a lo largo del día. Y no pudo más que sentirse el hombre más bellaco e insensible de la faz de la tierra. Sin embargo, en lo más profundo de su ser sabía que había hecho lo mejor para todos. ¿Qué podía ofrecerle él? Esa pregunta se la repetía al menos mil veces. Ella era una Craig, pertenecía a una familia que no había sentido nunca la necesidad del hambre ni la desesperación.

No pudo evitar recordar su figura en la playa, abrazada a sí misma con la desilusión desdibujada en su rostro. Habían pasado varias semanas desde ese encuentro y no había vuelto a coincidir con ella. Sabía que se encontraba bien por Meg o por la gente del pueblo que solía hablar más de la cuenta. Y es que ese era el don de Bree: su sonrisa, su empatía con los demás, darse por entero sin pedir nada a cambio. Era una mujer que se dejaba querer.

Quizás ese había sido el error que había cometido ella. Pensar que él podría entregarse en cuerpo y alma. Negó con un ademán. Eso nunca pasaría. Lo había hecho con su padre y ¿qué había ocurrido? Lo había dejado solo, abandonado a su suerte.

Las personas iban y venían a su vida, unas para quedarse, otras para marchar. Sin embargo, a él le urgía su soledad. No necesitaba a nadie, excepto su madre y su hermana, claro; no deseaba perder a ningún ser querido más, como había ocurrido con Aidan O'Connor. Dos pérdidas eran más que suficiente. Si nada tenía, nada podía perder.

El mismo estribillo, pero con diferente tono, volvió a sonar en su mente. Se intentó convencer de que Brianna necesitaba un hombre muy diferente a él. Uno que supiera decirle hermosas palabras al oído después de una noche de pasión o robarle un beso en un momento de desconcierto. En el fondo de su ser sabía que él nunca podría ser ese hombre. Le dolía saber que tenía razón, tanto era así que se pasaba las horas en el mar, lejos de ella, lejos de su nombre y su presencia.

Levantó la mirada hasta el cielo que se tornaba gris; el viento cambió de repente. El olor a humedad en el aire se hizo más patente aún; no era buen presagio, sabía lo que iba a venir a continuación.

—¡Sean, Patrick! —gritó a viva voz, para que sus hombres lo escuchasen.

Los dos marineros dejaron lo que estaban haciendo en ese instante y lo miraron con atención.

Garrett señaló el cielo, no hizo falta ninguna aclaración. Asintieron mientras sacaban las jaulas

del agua a una velocidad vertiginosa. No había otra opción que volver a puerto.

El mar en calma parecía tornarse feroz y furioso por momentos. Las olas agitadas por el viento comenzaron a sacudir el casco del *Green Star* con fuerza. No era fácil guardar el equilibrio, ya que el mar parecía jugar a su antojo con el barco, como si éste fuera una cáscara de nuez.

En segundos, el cielo se tornó más oscuro; pesadas nubes de un gris plomizo atraparon el último rayo de sol y lo engulleron. La tormenta avanzaba deprisa, quizá demasiado para poder evitar una catástrofe.

De repente, un rayo entró en acción, organizando una escena tan bella como dantesca. Resquebrajó con una fuerza brutal las pesadas y oscuras nubes, lo que provocó que los tres hombres dejaran lo que se traían entre manos y mirasen al unísono al cielo. El trueno no se hizo esperar: retumbó como lo haría la explosión de una bomba a escasa distancia.

Garrett ignoró la presión de sus tímpanos y observó cómo varios rayos volvieron a entrar en acción, organizando una serie de fuegos artificiales, como si se tratase del mismísimo St. Patrick's Day. Gritó con fuerza varias órdenes consecutivas para que Sean y Patrick las llevaran a cabo en la menor brevedad posible. Se agarró a la baranda para no caer tras una enérgica sacudida producida por la bravura de las olas, que chocaban, una tras otra, sin piedad, con un ímpetu desmedido, contra el casco del *Green Star*.

Garrett hizo acopio de toda la voluntad de la que disponía y corrió al puente de mando bajo una intensa cortina de agua, agarró el timón y se aferró a él con todas sus fuerzas. La lluvia se intensificaba por momentos y el aguacero le impedía ver con claridad a dos palmos de distancia. Maldijo en voz alta varias veces. Si la tormenta seguía a ese ritmo, podría perder el barco y, peor aún, sus vidas. Bajó la vista y parpadeó a causa de la incesante lluvia. Según sus cálculos, en media hora llegarían a puerto. Desde allí observó cómo Sean y Patrick se afanaban por terminar sus tareas y recoger las últimas nasas depositadas en el mar del día anterior.

Quiso ir más aprisa, pero sabía que el motor no aguantaría más velocidad ni potencia. Se consideraba un buen marinero y no tenía la más mínima duda de que podía tratarse de la gran tormenta perfecta. Levantó la barbilla y no le gustó lo que vio.

De repente, observó cómo Sean elevaba los brazos y barría el aire con ellos para captar su atención; Garrett intentó descubrir el motivo de su llamada y, al no ver a Patrick, un mal presentimiento lo asaltó.

Fijó el timón y corrió al encuentro de su ayudante; lo que descubrió lo dejó estupefacto: Patrick no estaba a bordo, había caído al agua.

—¡Qué demonios...! —vociferó Garrett por encima del rugido del mar.

El hombre, con los brazos en alto, luchaba por no hundirse, pero la mar insistía en engullirlo y tragárselo. Oyó su nombre y miró a Patrick, que en ese momento desapareció bajo el influjo de las olas.

—Ha tropezado —comenzó a decir Sean, nervioso—, no he podido hacer nada para ayudarlo. Por eso, te he avisado de inmediato.

Garrett se desabrochó el impermeable a gran velocidad y lo tiró a los pies. A continuación se descalzó, intentando que el balanceo del barco no lo hiciese perder el equilibrio. Las inmensas olas del océano arremetían con tal ímpetu, que una de ellas lo empapó antes de tirarse al agua. No pensó en las consecuencias, solo en sacar a Patrick de aquella trampa mortal.

—Si desaparecemos bajo las olas, no intentes acudir en nuestra ayuda, ¿has comprendido? —No esperó respuesta alguna por parte de Sean. —¡Lleva al *Green Star* a puerto! —le ordenó.

Los ojos de Sean se abrieron como platos en señal de protesta.

—Pero... —protestó, nervioso.

Garrett no le permitió terminar la frase, extendió los brazos y se tiró de cabeza al agua, sin mediar palabra.

El contraste de temperatura le dejó sin aliento, pero reaccionó con rapidez y comenzó a dar largas e intensas brazadas, a pesar de que las olas se afanaban por hundirlo. Cogió aire y braceó hasta que sus bíceps le resquemaron por el esfuerzo.

El salitre entró inevitablemente a su boca e hizo que su garganta quemara de forma inmediata. La sensación de vómito no se hizo esperar, pero la ignoró y siguió nadando con energía contra la ferocidad del mar. Por un momento Patrick desapareció de su vista, tiempo suficiente para pensar en lo peor, pero en el último segundo observó como una mano volvía a asomar entre las aguas. No podía perder tiempo ya que era muy consciente de que al hombre no le quedaban fuerzas para seguir a flote.

Percibió el bombeo de su corazón contra el pecho e intentó ignorar el frío que lo atenazaba. Patrick era un hombre de familia: su mujer y sus tres hijos lo esperaban en casa y él no deseaba por nada del mundo presentarse en su hogar con la nefasta noticia de su muerte. Si alguien tenía que morir esa tarde, sería él, no Patrick.

Sacó fuerzas de flaqueza y siguió dando brazadas, sin pensar en el agarrotamiento al que estaban siendo expuestos sus músculos, tensos y doloridos por el esfuerzo de nadar entre olas que lo vapuleaban sin cesar, de un lado para otro. Nadie en su sano juicio se atrevía a desafiar una tormenta en alta mar. Cuando logró llegar hasta su amigo y atrapar su mano, sintió el alivio más absoluto.

—Tranquilo, ya te tengo —gritó entre ráfagas de viento.

Patrick murmuró algunas palabras ininteligibles que Garrett no consiguió descifrar, de modo que se dispuso a sacarlo de aquel infierno de aguas bravas. Le dio la vuelta, boca arriba, y lo atrapó con un brazo por la zona del cuello, mientras avanzaba con el otro, más despacio de lo que él habría querido en un principio, contra la furia de las olas. Las fuerzas se iban agotando, pero su cerebro soltó una buena descarga de adrenalina, suficiente para alcanzar el cabo unido a un flotador que Sean había tirado desde el barco. Garrett lo alcanzó y se dejó arrastrar, solo tenía energía para sujetarse y no dejar escapar al hombre que llevaba consigo.

Al llegar al casco, Garrett contuvo los nervios y ayudó a subir a Patrick. Una vez que lo vio a salvo, respiró entrecortadamente e intentó no sucumbir al cansancio ni a la hipotermia que padecían sus extremidades en ese momento dentro del agua. Sean volvió a lanzarle el cabo y él lo agarró; con las escasas fuerzas que le quedaban, comenzó a trepar torpemente por el casco del barco.

El pantalón húmedo se trabó y él soltó una maldición. El dolor que sintió le dejó sin respiración.

La punzada de dolor se intensificó al caer sobre la cubierta y supo que estaba herido cuando percibió que la sangre caliente regaba su muslo izquierdo.

—Maldita sea, vamos, debemos actuar rápido. Se ha cortado con un saliente de acero del casco —escuchó decir a Sean.

—Dios, tiene mala pinta —murmuró Patrick, muy cerca de él y amoratado de frío—. Esa herida va a necesitar puntos de sutura. Hay que cortar la hemorragia o morirá desangrado.

Sean se incorporó y ayudó a Patrick a quitarse el impermeable. A continuación, le cedió el suyo; él iba a tripular el barco y suponía que en la cabina no haría tanto frío como en el exterior, a la intemperie.

—Más nos vale llegar a tierra lo antes posible —comentó Sean, visiblemente nervioso y aterido por la humedad y el descenso de la temperatura—. ¿Te ves con fuerzas de taponar la herida? —Al ver asentir a Patrick, rasgó parte del pantalón de Garrett y se lo ofreció para que cubriese y presionara la zona y evitar así una posible hemorragia.

La lluvia y el viento impedían realizar algunas maniobras. Una inmensa ola zarandó el Green Star y, estuvo a punto de volcarlo. Garrett escuchó hablar a sus hombres, pero no pudo entender lo que decían. Después de eso, las voces se alejaron y dejó de escuchar y sentir... Antes de poder protestar, se sumió en una profunda oscuridad.

Sean observó a Patrick. El hombre estaba muerto de frío y agotado por el enorme esfuerzo, podía dar fe de ello; pero al menos parecía no estar dispuesto a perder la consciencia, como era el caso de su patrón.

—Se puede decir que hoy es nuestro día de suerte —dijo alzando la mirada e implorando al cielo gris un poco de compasión. —Ambos estáis vivos.

Nada más terminar de decir esas palabras, comenzó a llover torrencialmente.

Brianna observó la pantalla del ordenador con sumo interés. Una sonrisa se dibujó en su rostro, quizás la más sincera en muchas varias semanas. La pequeña casa regentada por ella y sus amigas iba viento en popa (nunca mejor dicho en el argot de un pueblo costero). «Al menos algo sale bien», pensó mientras dio un clic al botón del ratón; todas las habitaciones, excepto una, estaban ocupadas y eso la llenó de satisfacción y de orgullo.

El equipo estaba realizando un trabajo estupendo. La comida era extraordinaria gracias a Meg, y la contabilidad y reservas de la mano de Cat era un acierto seguro. Ella hacía lo mejor que sabía hacer: eliminar las contracturas y las tensiones de los cuerpos de sus clientes y por los halagos de estos supo que las personas que se hospedaban estaban más que satisfechos con su labor.

Muchas veces su tarea como fisioterapeuta se intercalaba con la limpieza de las habitaciones. No le importaba; de hecho, la soledad y la rutina de quitar las sábanas y preparar la habitación para el siguiente cliente le solía relajar. Para tal menester habían contratado a Nora, la madre de Meg y Garrett, pero ahora ella se encontraba en Praga disfrutando de unas merecidas vacaciones con sus amigas. Una carcajada hueca salió de sus labios, Nora era una mujer extraordinaria y todo un personaje que ella admiraba, ya que personificaba la palabra lucha en el sentido más extenso de la palabra.

En su ausencia, le ayudaba Deirdre, una mujer que rondaba los cincuenta años, dicharachera, viuda y sin hijos, que había encontrado en la casa rural la mejor forma de emplear su tiempo.

Como si el viento trajese su nombre, Deirdre abrió la puerta y entró mascullando varias palabras incoherentes que no tuvieron lógica alguna para Brianna.

—Hace un día espantoso —estalló la mujer, hundiendo el paraguas en el paragüero de cobre que se encontraba a su derecha.

Brianna sonrió y observó por uno de los ventanales de recepción el cielo gris y los grandes nubarrones que se acercaban desde el mar.

—La tarde se ha puesto horrible.

—¿Horrible, dices?, parece que el mismo Lucifer se está paseando por Ballycotton—aseveró Deirdre, mientras se desprendía del impermeable y del pañuelo de tonos turquesas que cubría su cabeza.

Brianna no pudo más que sonreír al escuchar tal afirmación. Le gustaba Deirdre; con su infatigable verborrea le hacía olvidar muchas de sus tristezas y había comprobado que eso le venía bien a su espíritu.

—Podías haber esperado a que pasara la tormenta —afirmó Bree, mientras anotaba unas cifras en la agenda.

—Esta tormenta no pasará pronto, te lo aseguro —comentó la mujer—. Me gustaría que vieras la furia del mar. Es un espectáculo digno de ver desde tierra, pero desde luego no me gustaría estar en el pellejo de los que estén, en este momento, entre esas gigantescas olas.

Brianna dejó lo que estaba haciendo para mirar detenidamente al exterior. Su mente voló una vez más a Garrett y se preguntó si él estaría luchando contra esa tormenta. No pudo evitar que un escalofrío le recorriese la columna vertebral. Esperaba por el bien de él que estuviese con los pies en la tierra.

—¿La habitación *Rosa* está limpia?

Brianna pareció salir de su estopor y observó que Deirdre la miraba fijamente esperando una respuesta.

—La pareja que estaba hospedada se ha marchado hace quince minutos escasos. Iba a subir en cuanto terminase de tomar unas notas; quiero adelantar trabajo a Cat.

—No hay problema. —La mujer levantó la mano en el aire para dejarla caer segundos después—. Si te parece, subo y comienzo con la limpieza. Me vendrá bien tener la mente ocupada y el cuerpo en activo. Odio las tormentas.

Brianna asintió con una sonrisa.

—Te lo agradezco, Deirdre.

—No hay nada que agradecer, mujer.

Esta vez, Brianna soltó una sonora carcajada ante el tintineo de la respuesta de la mujer que tenía ante sí.

Deirdre era una mujer de ojos color verde intenso, más apagados últimamente por la pérdida de su esposo. Menuda, muy delgada y su pelo excesivamente corto y salpicado de canas, todo lo cual hacía de ella una mujer singular. Pero nadie podría negar a Brianna que Deirdre se aferraba a la vida. Cuando aceptó la oferta de ayudar en la casa, pensó que era todo un acierto y sin duda, seguía pensando que no se había equivocado.

—Con tu permiso, antes voy a ver a Meg —dijo resolutiva—. Me encantaría saber si tiene noticias de Nora.

—Por supuesto, ve. Los clientes que van a ocupar la habitación no lo harán hasta más tarde.

—Estupendo, me encanta que haya tiempo para...

Deirdre no terminó la frase porque fue interrumpida por una corriente de aire. Era Sean, que entró como una exhalación hasta la recepción, visiblemente nervioso y calado hasta los huesos.

—Deirdre, Brianna, buenas tardes. Necesito hablar con Meg —instó el hombre, mientras giraba con cierto nerviosismo el gorro de pescar que sostenía entre las manos.

Brianna ignoró el goteo incesante de la ropa de Sean en el suelo de madera para centrarse en el aspecto del hombre que tenía ante sí.

—¿Qué pasa, Sean? Con esa cara que traes, cualquiera diría que ha habido un naufragio en plena tormenta —inquirió Deirdre, divertida.

—Necesito hablar con Meg —insistió Sean, con tono tenso e ignorando el comentario sarcástico de la mujer—. Garrett está herido y es preciso...

—¿Garrett está herido? —repitió Brianna atropelladamente.

—Voy a buscar a Meg —masculló, preocupada y solícita al mismo tiempo, Deirdre.

—¿Es grave? —se atrevió a preguntar Brianna, esperando que la respuesta no fuese afirmativa.

—A simple vista, necesita puntos de sutura...

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Meg, tensa y nerviosa, al llegar a la recepción. Estaba claro que Deirdre la había puesto al corriente de la situación.

—Meg —comenzó a decir Sean—, ha habido un accidente en el *Green Star*. Patrick cayó al agua y... Garrett se tiró para salvarlo.

Sean miró a las tres mujeres y tuvo la certeza de que su confesión las había dejado atónitas.

—Ambos están bien —se apresuró a decir—. Bueno, al menos nadie está herido de gravedad.

—¿Dónde está Garrett? —preguntó Meg, alterada y sin poder controlar el nerviosismo en su tono de voz.

—Varios hombres lo llevan ahora a casa. Con este tiempo no nos va a ser posible llevarlo hasta Cork...

—Traedlo aquí —instó Brianna presa de los nervios, sin querer imaginarse ni por un momento el aspecto de Garrett ni la gravedad de la herida. Al comprobar que todos la miraban sin comprender, optó por la vía más diplomática—. Os recuerdo que también soy enfermera —dispuso casi con entereza—. Necesito ver la herida y luego decidiremos qué hacer.

Lo que sugería Bree tenía sentido.

—Haced lo que dice —ordenó Meg.

Sean miró a las mujeres. Era muy consciente de que eran tres contra uno y que poco podía hacer al respecto. Asintió con la cabeza despacio y, de forma torpe, varias veces como si con ese gesto estuviera todavía elucubrando la decisión tomada en aquella recepción.

Brianna vio salir a Sean, raudo y decidido, en busca de Garrett y de los hombres que estaban con él. Ella no pudo más que envolverse en sus brazos. Tras la ventana, la cortina de agua no cesaba, la lluvia arremetía ferozmente contra los cristales y el viento aullaba de forma incesante, como advertencia de que lo peor estaba por llegar. Tuvo la sensación de que la tarde solo reflejaba su penoso estado de ánimo.

Cerró los ojos fuertemente e imploró al cielo que Garrett no estuviese herido de gravedad. Podía vivir sin él, pero necesitaba sentirlo cada día, saber que siempre formaría parte de su existencia.



Esencia Irlandesa

Capítulo 6

Garrett intentó abrir los ojos, pero los párpados le pesaban de tal forma que tuvo que probar varias veces antes de poder conseguirlo. Todo a su alrededor se veía difuso; estaba en una habitación que no era la suya y eso lo desconcertó aún más, palpó con la palma de las manos a su derredor y comprobó la calidez de las sábanas de algodón y cómo el colchón se hundía con su peso. No se encontraba en un hospital y eso, de alguna manera, lo alentaba, porque los odiaba.

Tenía la sensación de que un camión lo había pasado por encima, un dolor apremiante en las sienas le impedía pensar con claridad y un resquemor latente le perforaba el muslo izquierdo de arriba abajo. Estaba claro que no estaba siendo su mejor día.

Al menos no tenía amnesia, porque recordaba lo sucedido, aunque no con la nitidez que habría deseado. Sus recuerdos volvieron a las enormes olas, al mar rugiendo con fuerza, a la fatiga de cada brazada y a la imagen de la mano de Patrick hundiéndose en las entrañas del océano; pero a partir de ahí ya no tenía consciencia de lo sucedido. No recordaba haber llegado al barco ni a esa habitación que poseía una fragancia exquisita.

Volvió a cerrar los ojos, pero, al escuchar la puerta abrirse, hizo un esfuerzo titánico para abrirlos de nuevo. Allí la vio, perfecta, hermosa y nívea como una musa. Su rostro denotaba preocupación y su ceño fruncido solo confirmaba lo que él pensaba. ¡Dios, era un sueño perfecto, casi real! La vio acercarse lentamente y con cierto recelo hasta él. El colchón se hundió ligeramente bajo su peso y pudo percibir toda la dulzura de la fragancia de Bree. Le costó respirar, pero cuando lo hizo, su perfume se hizo más patente y real. Garrett no pudo más que ahogar una exclamación al ver el rostro de ella, a escasos centímetros del suyo.

—Espero que estés mejor.

Su voz sonaba hueca y muy lejana. Percibió como la mano de ella acariciaba su frente despacio y él no pudo más que sentir una oleada de calidez.

—No tienes fiebre. No imaginas que alivio. Los calmantes aún te están haciendo efecto.

Ella sonrió y la habitación pareció iluminarse de repente.

Garrett intentó decir algo; sin embargo, no fue capaz de articular palabra. Tenía la sensación de flotar, algo parecido a estar viviendo en una semiinconsciencia. La sensación de un sueño dulce se

apropió de él, pero hizo un esfuerzo sobrehumano para mantener los ojos abiertos. Tenía la necesidad de verla, de disfrutar de su presencia. Quiso elevar la mano para atrapar la textura de su cabello cobrizo, pero le fue imposible porque le pesaba de tal forma que fue incapaz de separarla del colchón.

Había estado tan cerca de la muerte que el solo hecho de pensarlo, le sobrecogió.

Un rayo resplandeció en el cielo e iluminó la habitación. La lluvia golpeó con fuerza contra los cristales provocando un sonido tan evocador como nostálgico.

—No hables; no deberías malgastar las pocas fuerzas que te quedan.

Él comprobó que en aquellos preciosos ojos se reflejaba pesar y demasiada tristeza.

Se odió por eso; por tenerla tan cerca y no poder acariciarla. Todo era un sueño y en ellos todo estaba permitido, incluso decirle que la amaba.

—Bree... —su voz sonó lejana, pero supo que ella lo estaba escuchando porque sintió que su atención recaía sobre él y sus labios se arquearon hacia arriba.

—Estoy aquí, Garrett.

—Te quiero.

Percibió un atisbo de sorpresa en el rostro de Brianna. La vio abrir desmesuradamente los ojos. Eran de un verde tan intenso que le recordaron al musgo que crecía en las zonas húmedas de la isla, así que no pudo más que sumergirse en ellos. Una sonrisa maravillosa se dibujó en su angelical rostro.

—No imaginas el tiempo que llevo esperando esas palabras —dijo ella, con la voz rota por la emoción—, lástima que estés bajo los efectos de los calmantes y no seas consciente de lo que dices.

La joven enterró el rostro en su pecho y apretó los labios contra su cuello.

Garrett sintió cómo la excitación recorría todo su cuerpo. ¡Dios, esperaba no despertar nunca! Podía sentir el cuerpo de Brianna pegado al suyo. Percibía la respiración agitada sobre la curva de su cuello y supo, en ese mismo instante, que estaba perdido, pues la amaba con desesperación.

Ella dejó un reguero de besos por su clavícula y por la línea tensa de su mandíbula hasta subir por sus mejillas. Se separó lo suficiente para ver que los labios de Bree seguían ligeramente curvados. Sus miradas se entrelazaron. Garrett no pudo evitar que un hormigueo le recorriese la piel y supo que esta vez el dolor no tenía nada que ver con esa sensación.

La vio descender, despacio e indecisa, a sus labios, como si esperase algún rechazo por su parte. ¡Qué ilusa! En sus sueños, él podía desnudarla despacio, acariciarla hasta recorrer el mapa de su piel, besarla y hacerle el amor con desesperación. Abrió los labios para recibirla. Nunca había sido tan real, pero ya nada importaba. Bree, su Bree, estaba allí y esta vez no huiría, como había hecho en ocasiones anteriores. En sus sueños, ella le pertenecía en cuerpo y alma.

Aferró los dedos a las sábanas, al percibir la calidez de la boca de ella sobre la suya. Su sabor dulce lo apremió a exigir más y acarició con su lengua el contorno de los labios de ella; la escuchó emitir pequeños sonidos guturales desde lo más profundo de su garganta y esa fue la mecha que hizo arder su deseo más intenso por la mujer que yacía a su lado. Se rindió al deseo y la besó hambriento, casi con desesperación, moviéndose con avidez bajo la boca de ella. Bree respondió a cada una de las embestidas de su lengua con urgencia e impaciencia. Amaba a esa mujer hasta rallar la locura y allí estaba en su sueño, solo para él. El beso terminó como había empezado, intempestivamente. El agotamiento volvió a hacer mella en él; con lo que no pudo más que cerrar los ojos con el agradable sabor de la mujer que amaba todavía impregnado en su boca.

Bree lo observó detenidamente mientras dormía. Se llevó con torpeza los dedos a los labios, casi se echó a reír cuando percibió que estaban hinchados y marcados por su beso. Le había confesado que la amaba, aunque era muy consciente de que estaba bajo los efectos de los calmantes. Ella misma se los había administrado y sabía que la dosis podía dormir a un elefante.

Con la yema de los dedos recorrió su mentón, para deslizarse después por su cuello hasta llegar al hombro. Él no pareció notarlo, porque no hubo respuesta alguna a su caricia. Percibió la tensión de los músculos agarrotados a su paso y le preocupó que tuviera alguna contractura severa. Más adelante se ocuparía de cada uno de ellos y evitaría males mayores, ocasionados por el duro trabajo al que se veía sometido Garrett a diario.

Deslizó la sábana, que descansaba sobre su cintura, hacia abajo y se sonrojó levemente al ver la dureza latente de Garrett como si esperase una caricia proveniente de ella. Ladeó la cabeza como si lo estuviera pensando en serio, pero en el último instante rechazó su idea. No estaba bien explorar el cuerpo de alguien sin su consentimiento; ni siquiera de la persona amada. Respiró profundamente para apartar sus lascivos pensamientos. Como profesional que era, observó con detenimiento el vendaje del muslo. No había rastro de sangre en la gasa y eso la dejó más tranquila. La hemorragia había cesado, lo que significaba que Garrett estaba fuera de peligro.

Se incorporó despacio de la cama y sintió en el acto el distanciamiento entre ambos. Un frío helador le recorrió el cuerpo a pesar de la tarde primaveral que hacía en el exterior.

Tardaría una vida en olvidar la sensación de desasosiego que sintió al ver la herida en su muslo izquierdo. Gracias a Dios tenía formación en ese tipo de curas, ya que había realizado varios años de prácticas en uno de los mejores hospitales de Dublín.

Ejercía más como fisioterapeuta que como enfermera, pero lo que se aprendía bien, parecía no olvidarse nunca. Casi agradeció a la malhumorada y oronda Berta Faik, enfermera jefe de planta, su rígida disciplina e instrucción durante las interminables horas que duró su formación en el hospital.

Miró hacia la ventana, los cristales seguían salpicados por las gotas de agua; sin embargo, la lluvia había cesado. De repente, un rayo de sol bañó la habitación y la sensación de calidez invadió la estancia, no así a ella. Garrett parecía menos fiero dormido, ante tal idea esbozó una tenue sonrisa. Habría dado cualquier cosa por oír ese *te quiero* en otras circunstancias, pero debía conformarse con eso. Al menos sabía que él escondía sus sentimientos y, a partir de ahora, era muy consciente de la lucha que tendría que librar para conseguir un amor perdido en el tiempo.

—Yo también te quiero, Garrett.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Se afanó por colocar cuidadosamente la sábana sobre el cuerpo dormido y relajado de Garrett.

Meg y Cat entraron despacio, como si cualquier ruido pudiera despertar al enfermo, nunca más lejos de la realidad.

—¿Está mejor? —preguntó Meg, entrelazando sus manos temblorosas.

—No tiene fiebre y eso es un buen indicativo de que no hay infección.

—¡Gracias a Dios! —respondió Cat, acercándose hasta el borde de la cama—. Parece tranquilo... relajado.

Brianna pensó que así debía estar el enfermo, tranquilo e inmóvil, para evitar que cualquier movimiento brusco pudiese dañar la herida. Esperaba, por el bien de Garrett, que la incisión no hubiese dañado ligamentos ni tendones. De ese modo, en pocos días podría hacer vida normal.

Pero para eso había que esperar. No debía, por el bien de todos, adelantar acontecimientos.

—¿Quizá la vacuna del tétanos que le has inyectado ha ayudado a que no haya infección? —inquirió Meg, aún muy afectada por lo sucedido.

—Sin duda, Meg, es una de las razones —le respondió Brianna volviendo a mirar el rostro de Garrett. No podía separar su vista de él; no deseaba hacerlo, de hecho.

—Has hecho un trabajo maravilloso, Bree.

—Venga, Cat, no te pongas sensiblera ahora. En todo momento estuve asesorada por el Doctor Coen.

—Por el amor de Dios, Bree, él estaba a la otra línea del teléfono.

—Pero aun así, él que me indicó cada paso que dar.

Cat hizo una mueca de reproche. Se acercó a su amiga y le dio un apretón cariñoso en los hombros.

—Estamos muy orgullosas de ti.

Brianna se volvió hacia ellas y percibió en sus miradas la autenticidad de su afirmación.

—Gracias —fue lo único que pudo decir.

—¿Es normal que duerma tanto? —preguntó, inquieta, Meg—. Os puedo asegurar que en toda mi vida había visto a mi hermano tan sereno y apacible.

Tanto Brianna como Cat rieron ante las palabras de Meg.

—Sí, es lógico. Los calmantes están haciendo su efecto. Estará en un duermevela continuo.

—Creo que eso está bien —ratificó Meg.

—¿Qué ocurre, Bree? —preguntó Cat.

—No ocurre nada. —Se apresuró a responder la aludida, demasiado deprisa.

Estaba claro que a Cat no se le escapaba nada.

—¿Garrett no está bien? —preguntó Meg, preocupada. —Porque acabas de decir, que...

—Garrett sigue convaleciente, pero se recuperará. Es un hombre fuerte. —Le aseguró Bree. —No obstante, deberíamos dejarlo descansar.

—Reconozco esa mirada, Bree. Y sé que algo te preocupa —adujo Cat, exigiendo una respuesta.

Brianna se rindió a la evidencia. Sus ojos se encontraron con los de Cat y advirtió hasta qué punto estaba preocupada.

—Está bien. —Se oyó decir a sí misma. —Es sólo que... minutos antes de que entráseis... yo, bueno, él... —Bree dudaba entre decir la verdad o no hacerlo. Pero debía calmar la inquietud de sus amigas—. Garrett me ha besado. Eso es todo.

Tanto Cat como Meg la miraron estupefactas.

—¿He creído oír lo que he oído? —preguntó Cat con los ojos abiertos como platos.

—Dios, está más grave de lo que pensaba —objetó Meg, volviendo a su hermano, como si esperase que este corroborase las palabras de Brianna.

—¡Vaya! Besarme no es algo tan grave —protestó Brianna, un poco dolorida.

—No me refería a eso —se disculpó, rápidamente, Meg—. Bree, siento haber sido tan poco explícita, pero después de que nos contases lo ocurrido en la playa, no me imagino a mi hermano llevándose la contraria ni a él mismo.

—Creo que, después de todo, es humano —declaró Cat ante la mirada atónita de su prima y su amiga.

—¡Vamos, chicas, no es para tanto! Está bajo los efectos de los calmantes, no es consciente en absoluto de lo ocurrido —quiso justificar Bree.

—Te valoras poco, Bree —le dijo Cat—. Deberías haberle dado un buen escarmiento en la playa y que sepa lo que se iba a perder en un futuro. Ahora lo has besado y ¿adónde nos lleva eso? A ninguna parte, ya que él no va a recordar nada de lo que ha ocurrido en las últimas cinco horas. Al menos eso fue lo que dijo el doctor Coen, ¿me equivoco?

Brianna observó a Cat, sus ojos color miel brillaban con intensidad, parecía incómoda por sus palabras, porque apartó el cabello hacía atrás como solía hacer cuando estaba de mal humor. Al segundo, cruzó los brazos sobre el jersey de lana azul celeste, como si de esta forma diese por concluida su oratoria. No pudo más que guardar silencio; lo cierto era que Cat tenía razón. Se había hecho ilusiones con ese beso, como si fuera una adolescente encandilada por su primer amor.

—¡Cat! —la amonestó Meg.

Cat, al ver el rostro de Brianna, se tragó las siguientes palabras que había estado a punto de decir.

—Lo siento, Bree. No pretendía...

Brianna levantó la mano en alto y detuvo sus palabras.

—No, Cat, tienes razón...—Tristemente, esas fueron las últimas palabras que fue capaz de pronunciar, antes de salir como una exhalación de la habitación.

Cat sintió la mirada de reproche por parte de su prima.

—Solo he querido ser sincera. Necesita enfrentarse a la realidad —se defendió Cat—. ¿Qué crees que va a pasar cuando tu hermano despierte?

—Eso no lo sabremos hasta que ocurra.

Cat dejó escapar un largo y profundo suspiro.

—Déjame que sea el espíritu de Navidad del futuro, como en el cuento de Dickens—continuó diciendo con firmeza y premura—. Le volverá a hacer daño, Meg. No me digas qué motivos tiene tu hermano para ser como es, pero no podré soportar volver a verla como la última vez que entró en la casa, hecha un manojo de nervios y calada hasta los huesos. Triste, como si se tratase de un perro al que acaban de apalear.

—Eso es algo que no está en nuestras manos, Cat—le dijo Meg, fulminándola con su mirada de un azul intenso.

—En eso te equivocas. Él ya tuvo su oportunidad y la perdió —sentenció ella.

—Cat...

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire porque su prima ya salía por la puerta.

Meg se quedó mirando fijamente el vacío que había dejado Caitlin para luego volver a su hermano postrado en la cama. Le era imposible evitar sus sentimientos, por lo que había elegido el papel de abogado del diablo. Aunque ella fuese su amiga, sentía un dolor intenso al ver a su propio hermano yacer inmóvil e indefenso ante las acusaciones que se le adjudicaban.

Se acercó despacio, se sentó al borde de la cama y le cogió delicadamente la mano. Acarició sus dedos, su piel al contacto con la suya estaba tibia, su respiración era pausada y regular, únicos signos de que su hermano seguía con vida.

—Debes arreglar esto, Garrett. ¿Me escuchas?

Pero su hermano no realizó movimiento alguno. Siguió dormido y sin ninguna señal de haber escuchado ni una sola de sus palabras. Solo al incorporarse percibió cierta presión en la mano por parte de Garrett.

Meg sonrió y se emocionó, al sentir que todavía había cierta conexión entre ellos. Se llevó la mano de su hermano hasta los labios y depositó un cariñoso beso en el dorso.

—Te quiero, Garrett. Debes aferrarte a la vida, ¿me oyes? Y hacer feliz a Bree.



Esencia Irlandesa

Capítulo 7

Tres días después de su accidente, Garrett tiró de las sábanas hacia atrás. Tenía la impresión de que cada uno de sus músculos había sido estirado hasta su máxima expresión, le dolía todo el cuerpo y la sensación de mareo no había desaparecido del todo. La cabeza seguía dándole vueltas, pero aun así supo que tenía que levantarse y poner los pies en el suelo ya que su vida no terminaba entre esas cuatro paredes. Su responsabilidad lo llamaba a gritos y él no era nadie para ignorarla.

Se sentó despacio en el borde de la cama a sabiendas de que ese movimiento le iba a producir un mareo y un dolor más intenso del que ya padecía. Por su puesto, sus cálculos no fueron erráticos. La habitación pareció querer engullirlo de un momento a otro y tuvo la necesidad de apoyar los antebrazos sobre las rodillas para poder sostener la cabeza en su sitio; respiró profundamente y, en un esfuerzo por liberar la tensión, se pasó la mano por la nuca.

Había sido en todo momento consciente de la presencia de Brianna a su lado y eso le hacía tener sentimientos contradictorios. Por una parte, anhelaba el momento en el cual ella llegaba a la habitación, formal y prudente, con su botiquín en la mano y lo saludaba tímidamente, como si esperase que de un momento a otro la echase con cajas destempladas. Nada más lejos de la realidad, pero era muy consciente de las manos de la mujer más hermosa de Ballycotton cuando hacía la cura y rozaba su piel con sus largos y delicados dedos.

Era siempre muy cuidadosa, y a él le gustaba ver el rubor de sus mejillas cuando tenía que apartar la sábana hacia un lado para ocultar sus tributos masculinos y poder curar el corte que, según sus cálculos, podría medir cerca de los veinte centímetros.

Durante aquellas visitas, Garrett no solía hablar; y no por el hecho de no hacerlo, sino porque toda su atención estaba puesta en que su miembro no adaptase un tamaño más grande que lo que requería la situación. Solía distraerse mirando por la ventana y, cuando quiso evaluar tal circunstancia, se percató de que había recuperado un hábito al que no dedicaba desde su infancia: buscar formas y siluetas en las nubes.

Percibía la mirada triste y ausente de ella, pero las cosas eran mejor así. Y más, desde que volvió a su mente aquel sueño tan intenso y real en el cual la besaba hasta llegar a perder el sentido. A lo largo de esos tres días postrado en la cama, habían sido muchos los momentos en los

que había recordado el ardor de ese beso y la sensación exquisita de tener a Bree para él solo.

Soltó una imprecación en voz alta cuando percibió que la excitación se acumulaba entre las ingles. Intentó por todos los medios olvidar y no fantasear con un sueño que solo le traía ofuscación y malestar. Buscó un punto de apoyo y lo encontró en la mesilla de noche. El dolor se intensificó y adormiló su pierna en el instante que se apoyó en el suelo; las incesantes punzadas le recorrían desde la planta del pie hasta la ingle. Respiró varias veces con el fin de aliviar la intensidad de ese resquemor sin resultado aparente. Perlas de sudor aparecieron por su frente y pronto comenzaron a deslizarse por las sienas hasta morir en su barbilla.

Estaba siendo una tortura en el sentido más amplio de la palabra.

En pie, la habitación tenía otra perspectiva. Quizá demasiado femenina para su gusto; sin embargo, los colores neutros no hacían de ella un espacio demasiado pomposo.

Sabía con certeza que era la habitación de Bree. Meg se lo había confirmado, pero, aunque no lo hubiese hecho, él lo habría imaginado. Su fragancia pululaba en el ambiente como una oda a la primavera. El orden reinante no podía ser más que de Bree. Los libros estaban apilados milimétricamente; en sus lomos pudo leer varios títulos que le dieron a entender la afición romántica de su propietaria. Anduvo varios pasos y estuvo a punto de caer; afortunadamente se agarró a tiempo al cabecero de la cama.

No iba a ser fácil recuperar la fuerza en esa pierna. La frustración se hizo más que evidente cuando dio otro paso. Contuvo el aliento hasta que el dolor fue bajando, poco a poco, de intensidad.

Tenía el corazón acelerado y le sudaban las manos. Cerró los ojos e inspiró profundamente. Expulsó el aire despacio y, antes de abrirlos de nuevo, se centró en recuperar el control de sí mismo. En una de las esquinas, divisó un bastón de madera con la empuñadura de marfil, que simulaba la cabeza de un perro; parecía estar ahí predispuesto para él y pensó que Bree era una excelente profesional ya que sabía de antemano que lo iba a necesitar.

Esa mañana llevaba un pijama, se lo había puesto con la intención de levantarse; no había sido fácil convencer a Meg, pero al final ella había accedido y le había ayudado a vestirse.

Con el bastón en la mano pudo guardar mejor el equilibrio y esto hizo que la pierna derecha soportase gran parte de su peso. Paso a paso se acercó hasta una de las sillas donde en cuyo respaldo descansaba su batín. No le gustaba la idea de salir a la recepción, vestido solo con el pijama, pero necesitaba hablar con Brianna. Él ya se encontraba mejor y no tenía por qué permitir que ella siguiese durmiendo en el sofá.

Volvería a su casa. Y con ese pensamiento, agarró el pomo, abrió la puerta y se preparó para enfrentarse al mundo fuera de las cuatro paredes en las que había estado aislado esos últimos tres días con sus respectivas noches.

—Muchas gracias por su visita. Esperamos verlos pronto.

La voz de Cat invadió la recepción con ese soniquete tan especial, utilizado por ella cuando se trataba de hablar con los clientes. Esta vez se trataba de una pareja, de mediana edad, que sonreía y parecía feliz. Al menos ese fue el pensamiento de Garrett, mientras esperaba en el umbral de la puerta a que el matrimonio se despidiera. No cabía duda de que se trataba de dos personas que llevaban muchos años juntos; su sincronización y su manera de terminar la frase el uno del otro, lo corroboraban.

—Nos ha encantado absolutamente todo: la habitación era fantástica, la comida es excelente y los masajes de...

—De Brianna—terminó de decir el marido—, son insuperables.

Garrett, al escuchar el nombre de la mujer a la que tenía que enfrentarse minutos más tarde, se puso alerta. Brianna y sus masajes... Él no había consentido, aunque ella había insistido, en que lo tocara nada que no fuera el muslo. Ya era demasiada tortura veinte minutos con ella como para soportar durante una hora las caricias de sus manos por todo el cuerpo. Por el amor de Dios, él era un hombre, no una estatua de mármol.

—Volveremos con nuestros hijos el año que viene —escuchó decir a la mujer, ya cerca de la puerta. —Les va a encantar, ¿verdad, Harold?

El marido, como era de esperar, asintió con la cabeza y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Será un verdadero placer recibirlos a todos —dijo Cat, cordial.

—Gracias a las tres. Habéis sido la amabilidad personificada —insistió el hombre.

—El placer ha sido nuestro, gracias a ustedes, señores Weston. ¡Buen viaje!

Garrett escuchó cerrarse la puerta y solo entonces salió de la penumbra.

Cat se sobresaltó al verlo aparecer.

—Por Dios, Garrett, pareces un fantasma salido de la nada. ¿Qué haces levantado?

Garrett pensó que lo mejor era ser sincero.

—Busco a Brianna.

Aunque hubiese querido evitar la mirada reprobatoria de Cat, no pudo hacerlo.

—Está arriba. En la habitación que han dejado ahora mismo los Weston.

Él asintió.

—Está bien. Te agradezco la información.

—Garrett...

Por supuesto, Cat no se lo iba a poner nada fácil.

—Uhhmmm... —Fue toda la respuesta de su primo.

—Por tu predisposición, veo que no es una visita relacionada con tu cojera. —Señaló su pierna con el índice.

Tragándose una imprecación, Garrett entornó los párpados. Caitlin le lanzó una mirada cautelosa.

—No creo que sea asunto tuyo, Cat.

¡Respuesta equivocada! Lo supo inmediatamente, cuando Cat salió de detrás de la mesa de recepción y se situó frente a él con cara de pocos amigos.

—En ese punto te equivocas, Garrett. Bree ya está sufriendo más de la cuenta. Y ya sé que eres un hombre inteligente y no necesitas explicación alguna respecto a lo que estoy hablando.

—Maldita sea, Cat. Métete en tus asuntos y déjame solucionar esto a mi manera.

—Es lo que llevo haciendo años, *primo*. —A él no le pasó inadvertido el tono con el que ella había utilizado el vocablo—. Desde que ha llegado a Ballycotton no es feliz y para más inri, tú decides mostrarte hosco y malhumorado. ¡No la mereces, Garrett!

Garrett sujetó con fuerza la empuñadura de su bastón. No podía obviar las palabras de Cat. Tenía toda la razón; no la merecía. Ese era su castigo en la tierra, su purgatorio, y él no podía hacer nada para evitarlo. Eso lo abrumaba, le hacía maldecir continuamente, estar de un humor de perros a todas horas y aislarse cada vez más de sus amigos y de su familia.

—Si me disculpas...

Cat no tuvo opción a réplica, porque en ese instante entró Declan con Erick en brazos.

—¡Mamá! —clamó el niño nada más verla.

El rostro de Cat cambió en el acto. Su ceño fruncido dio paso a una sonrisa espléndida y maravillosa.

Cat abrió los brazos y su hijo no la decepcionó, ya que se tiró directamente a ellos.

—Garrett... —saludó Declan, y después depositó un beso tierno y cariñoso en los labios de su esposa, pero ella hizo que se prolongase más de la cuenta. —Me encanta venir a verte al trabajo. Tus recibimientos son espectaculares —murmuró el hombre, muy cerca de sus labios.

Cat sonrió mientras abrazaba con fuerza a su hijo.

«La estampa de la felicidad», pensó Garrett, algo que él nunca tendría.

—Si me disculpáis...

Garrett avanzó torpemente hacia las escaleras. Una vez allí, se sujetó con fuerza a la balaustrada bruñida y se deseó toda la suerte del mundo. Al subir el primer peldaño, supo que no iba a ser una tarea fácil la que tenía por delante. Nunca llegó a pensar que varios escalones constituirían una prueba tan complicada, pero no se amilanó. Tenía una misión en mente y la cumpliría.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó Declan a su esposa, una vez que Garrett no podía oírlo.

—La mala conciencia siempre pesa —respondió ella, cambiando el gesto.

—Tendrás que explicarte mejor —solicitó su marido.

—Esta noche, con un buen vino y entre las sábanas, te lo explico con todo lujo de detalles. Creo que disfrutaré dándote una lección sobre los malos actos—expuso ella, seductora y pícara a la vez.

Declan tragó saliva y deseó con toda su alma que hubiese un eclipse en ese mismo instante, para eliminar todo rastro del sol y la oscuridad se adueñase del cielo de Irlanda.

Megan estaba en el jardín, pronto instalarían un invernadero. Lo habían hablado y las tres habían decidido que era una idea fantástica. Aún tenían muchas cosas por pagar, pero la casa iba viento en popa y a toda vela, como diría su sobrino Erick. Ante la imagen del pequeño, no pudo más que esbozar una sonrisa. Y muy pronto llegarían las ganancias y con ellas, nuevos proyectos.

Observó cómo Meg regaba con sumo cuidado las plantas que dentro de unas semanas le servirían para realizar fantásticas elaboraciones: unas, como condimentos y otras, como materia prima para sus jabones. Era una mujer polifacética, cariñosa y algo tímida. Nada que ver con su hermano.

Brianna dejó las sábanas sobre la cama y no pudo evitar mirar por la ventana. El día era espléndido; el sol lucía en lo alto del cielo como una bola incandescente, enorme y luminosa. La primavera dejaba su carta de colores a su paso, pero ella no parecía apreciarlo ya que su mundo tornaba del gris al negro y viceversa.

Como si el viento trajese su nombre, Garrett apareció en la habitación.

Ella se giró sobresaltada y se amonestó por ello; al principio lo miró perpleja, y ceñuda después.

—No deberías haberte levantado... —como si de pronto una idea le rondase la cabeza, abrió la boca en señal de sorpresa—. ¿Has subido las escaleras?

—Creo que es la única manera de hacerlo, para llegar a esta habitación —dijo con brusquedad.

Ahí estaba ese aire descortés tan habitual en él, ese tono endemoniado que a ella tanto le afectaba. Se ordenó a sí misma ignorar el mohín de dolor que vio reflejado en los labios de Garrett; sin embargo, no le fue posible. Enfadada consigo misma, preguntó en un tono desafiante:

—¿Qué quieres, Garrett? Porque está claro que has venido a verme. No creo que, en tu estado, hayas decidido hacer una ronda turística por la casa.

Garrett la observó despacio, sin prisa y, por primera vez, dio por sentado que estaba enamorado de ella. «Tienes un buen problema, amigo», pensó, al ver cómo un halo de luz natural iluminaba sus cabellos, dándoles un tono más cobrizo y más parecido al fuego. Unos pantalones vaqueros y un jersey verde de lana, que hacían resaltar más sus ojos, eran su sencillo atuendo. Estaba preciosa y no desentonaba en absoluto con la habitación de decoración clásica y algo romántica para su gusto. Claro que Brianna no solía desentonar nunca, parecía aclimatarse siempre a las circunstancias.

—Necesito hablar contigo —se atrevió a decir.

Garrett la escuchó suspirar. La expresión de Brianna se volvió aún más seria, como si eso fuera posible.

La tensión reinante en la habitación se podía cortar con un cuchillo.

—Iba a limpiar esta habitación y luego pensaba bajar a hacerte la cura.

—No he venido para hablar de mi pierna —le dijo él en un tono de aparente calma. —. ¿Puedo sentarme?

Bree observó el sillón que él señalaba con el bastón.

—Sí, claro —accedió ella.

Tuvo que recurrir a toda su voluntad para no cogerle del brazo y ayudarle a llegar al sillón, que estaba situado al lado de la ventana. Cuando Garrett se sentó, ella supo que había estado aguantando la respiración.

—Bien, pues tú dirás, entonces —dijo ella, ajena al tumulto de pensamientos que bullían su mente.

—Verás, Brianna...

Garrett se vio interrumpido por un tono del teléfono móvil de ella. Brianna pareció desconcertada, pero optó por sacar el teléfono del bolsillo de su pantalón y mirar la pantalla.

—Disculpa... Será un segundo.

Por lo que pudo apreciar él, no era una llamada, sino un mensaje. La vio sonreír y no le gustó en absoluto. No era su sonrisa habitual, más bien podría definirse como seductora.

—¿Algo importante? —le preguntó, un poco molesto por la interrupción.

Ella pareció dudar, pero en el último momento decidió ser sincera. ¿O acaso no se trataba de eso? ¿Para qué había ido sino Garrett? Seguramente para hablar con sinceridad y hacer que su corazón se rompiera de nuevo en mil pedazos, ya que últimamente parecía ser su especialidad.

—Era Trevor, para confirmar nuestra cita de esta noche.

Si a Garrett le hubiesen dado en ese instante un mazazo, no lo habría notado en absoluto.

—¿Trevor Collins? —quiso precisar él.

—Ajá —Brianna respondió casi por educación.

—¿El mecánico? —Garrett se iba encendiendo por momentos.

—Veo que lo conoces bien. Que yo sepa, no hay otro Trevor Collins en el pueblo. —

comenzaba a estar harta por tener que dar explicaciones.

Ella observó el encrespamiento de él para luego ver traslucir, al instante, su enfado.

Cuando Trevor Collins la invitó a tomar una jarra de cerveza bien fría; ella no lo dudó ni un instante. Estaba demasiado triste cómo para dejar salir a la luz sus pensamientos y demasiada cansada cómo para filtrarlos de nuevo. Lo reconocía, había sido una decisión repentina, no muy meditada. Pero, ¡qué demonios! No se iba a casar con Trevor Collins. Solo quería pasar un rato agradable y bailar; intentar olvidarse, por unas horas, de Garrett.

—Maldita sea, Brianna, es un mujeriego empedernido —afirmó Garrett con rotundidad.

—¿Y?

—¿Cómo qué, “y”...? —indagó él de un humor de perros mientras se removía inquieto en el sillón.

—Qué no deberías salir con él. —Se levantó, no sin esfuerzo y acortó, con una habilidad pasmosa, la distancia que había entre ellos.

Ella abrió desmesuradamente los ojos a causa de la sorpresa que le provocó su tono acusador, así como la escasa distancia en la que se encontraba el uno del otro. La presencia de Garrett no la dejaba pensar con claridad y eso la enfurecía.

No, no lo iba a volver a permitir. Él había sido muy claro con respecto a sus sentimientos y ella tenía todo el derecho a vivir su vida cómo le diese la gana, sin dar explicaciones a unos o a otros. Tomó una bocanada de aire y la irritación no se hizo esperar.

—A ver si lo comprendo —comenzó a decir Brianna—. Tú y yo no podemos tener un futuro juntos porque dejaste muy claro, el otro día en la playa, que no me quieres —puntualizó—. Pero, aun así, tienes la desfachatez, porque no se puede denominar de otra manera, de que, además de rechazarme, te crees con derecho a decirme con quién puedo o no puedo salir —vociferó iracunda.

Garrett pensó que escuchando su argumento en boca de otro, sonaba de lo más inverosímil. ¿Cómo se había metido él en esa conversación? Maldita sea. Había subido solo con el fin de decirle que no iba a permitir que ella volviese a dormir en el sofá, para darle las gracias por sus cuidados y, allí estaba él, furioso, celoso y sin un gramo de sensatez.

—Disculpa —se escuchó decir—, tus citas son solo cosa tuya.

Ella lo miró como si fuera añadir algo más, pero no fue así. Se giró.

—Disculpa aceptada, Y ahora, si me lo permites, tengo cosas que hacer. —Agarró un cojín, lo ahuecó y lo volvió a dejar en el mismo lugar de donde lo había cogido, sobre la cama.

Podía sentir su presencia y hasta notar su respiración, pero se dijo a sí misma que no debía bajar la guardia.

—Lo siento, tengo mucho trabajo pendiente aún.

Brianna pasó a su lado como una exhalación, se la veía enfadada y no le faltaba razón alguna para no estarlo, pero salir con el gilipollas de Trevor Collins ya era harina de otro costal.

Garrett se tragó su orgullo y a continuación se restregó con frustración la mano por la cara. Decidió que esa noche seguiría durmiendo en la misma habitación en la que lo había hecho en los últimos tres días. Después de todo, ella se merecía dormir una noche más en el sofá.

Antes de salir, agarró el cojín, que un par de minutos antes Brianna había ahuecado, observó el motivo floreado y resopló con fuerza. Sin demasiada delicadeza, lo tiró de nuevo en la cama con una frustración más que evidente. Maldijo por enésima vez al mecánico. Dios, si se le ocurría poner las manos encima a Brianna, lo mataría.



Esencia Irlandesa

Capítulo 8

Para su cita, Brianna se había recogido el pelo en una cola de caballo y no se había esmerado demasiado en su vestuario: unos sencillos pantalones vaqueros, jersey y chaqueta de lana. Lo único usual en ella eran los tacones, ya que parecían darle cierta seguridad en sí misma, y un poco de maquillaje para resaltar sus ojos.

Lo había hecho a propósito, se dijo, no quería que Trevor se llevase una impresión equivocada en su primera cita; y menos, si se tenía en cuenta que había sido precipitada e impulsada a ella por el simple hecho de que Garrett la mirase fijamente y con cara de pocos amigos mientras leía el mensaje.

La cita había sido un auténtico desastre; pero ¿qué esperaba? Ella no había puesto ni un gramo de dulzura ni le había prestado demasiada atención a Trevor.

La conversación estuvo carente de dinamismo y esa tarde los músicos no tocaron; así que no había habido baile. Un chasco tras otro.

Se había pasado las dos horas que había estado en el pub pensando en Garrett. Era una tonta sin remedio alguno. Sacó su móvil del bolso y allí encontró la excusa perfecta. Cat le acababa de enviar una foto de Erick, comiendo una galleta.

El niño parecía feliz porque sonreía de oreja a oreja.

—Lo siento, Trevor, debo irme. Cat necesita que me quede con el niño—mintió.

—¿Ocurre algo malo? —había preguntado el mecánico, preocupado.

Por si no tenía suficiente con una mentira, comenzó con la siguiente.

—No parece serio, pero me reclama. —Le miró con gesto amable—. Espero que puedas perdonarme.

—Por supuesto. —Trevor se levantó y le retiró la silla—. A ver si podemos repetir esto otro día.

Sin dudarle, lanzó la tercera.

—Claro, porque no.

No pudo evitar, a la vez que caminaba e intentaba guardar el equilibrio en sus doce centímetros de tacón de aguja, repetirse una y otra vez lo idiota que había podido ser al aceptar que Trevor y

ella se vieran. Él se había pasado todo el tiempo hablando de sí mismo y de coches. Y cada minuto que pasaba de esa interminable velada, ella se sentía más defraudada consigo misma. ¿Qué esperaba? ¿El príncipe azul subido en su corcel blanco? «Tonta», pensó, «eres una tonta redomada».

Al salir del pub, él la había mirado intensamente, quizás buscando cierta comprensión en su actitud. Pero al final había desistido y le había propuesto acompañarla a casa.

Se había librado de Trevor lo más rápido posible y de ninguna manera le había insinuado el mítico beso de despedida.

—Bien por ti, Bree. —se dijo, mientras seguía avanzando.

Quizás en otras circunstancias, ella hubiese aceptado, ya que Trevor era un joven bastante atractivo: su pelo rubio, sus ojos azules y su maravillosa sonrisa hacían de él un hombre apetecible. Pero en ese instante se podría definir como una mujer andrófoba.

En realidad, el único culpable de lo que estaba sucediendo era Garrett, porque al muy idiota no se le había ocurrido otra cosa que cuestionar sus decisiones.

Y todo se había complicado.

Inició el regreso, por la calle principal, rumbo al Esencia Irlandesa. Le llamó poderosamente la atención la estampa que tenía frente a ella: en el horizonte, se recortaba la silueta de su preciosa casa de huéspedes, dejando al fondo la luna, tan blanca, deslumbrándola en su plenitud. Y por primera vez en muchos meses, se preguntó si había tomado la decisión correcta respecto a volver a su hogar.

La idea de regresar a Dublín le rondaba por la cabeza desde hacía semanas. Lo cierto era que bien podría dejar la casa en manos de Cat y Megan; sus amigas lo harían perfectamente, no tenía la más mínima duda. Habría que contratar a otra fisioterapeuta y estaba segura de que todo iría como la seda.

Suspiró profundamente y se ajustó más la chaqueta de lana al cuerpo. La noche estaba más fría de lo habitual en esa época del año. El cielo pintado de negro parecía un mapa de estrellas relucientes. A su lado, la luna llena brillaba con intensidad y era su luz la que alumbraba su camino hasta casa. Tenía tantas decisiones que tomar, tantos frentes abiertos, que no sabía por cuál debía empezar. Solo tenía clara una cosa y era que tenía que dejar de pensar en Garrett. Supuso que, si seguía esta directriz al pie de la letra, las cosas a partir de ese punto irían mejorando. Con esa idea y esa decisión ya tomada, aceleró el paso, ya que necesitaba tumbarse en el maldito sofá, cerrar los ojos e imaginar que esa noche nunca había tenido lugar.

Meg apartó la tetera del fuego. A continuación, vertió el agua hirviendo sobre la mezcla especial que había preparado.

La humeante taza desprendía un maravilloso aroma a hibisco, cardamomo, regaliz y canela, tal y como a ella le gustaba.

Escuchó unos pasos y se dio la vuelta. Apoyado en el umbral de la puerta se encontraba Garrett. Su aspecto hablaba por sí solo y no pudo más que sentir lástima por él. Conocía muy bien a su hermano y ella, mejor que nadie, sabía que, tras esa fachada de hombre duro y déspota, se escondía un ser humano auténtico, cariñoso; aunque poco hablador.

—¿Te apetece un té? —le preguntó.

Garrett, como ya era su costumbre, mostraba su característico gesto hosco que a ella no le

sorprendió en absoluto.

—Estaría bien, gracias.

Meg se quedó allí, de pie, contra el borde de la encimera, observándolo. A Garrett se le podía definir con muchos adjetivos, unos mejores que otros. Pero ante todo era su hermano, una de las personas que más quería en este mundo. Y eso lo justificaba todo.

Bueno, todo no. Su actitud respecto a Brianna era de lo más cuestionable.

—De acuerdo, marchando un té. —Se puso manos a la obra—. Siéntate, aún no cobro por hacerlo.

Como era de suponer, Garrett masculó algo ininteligible.

Meg sonrió para sus adentros cuando su hermano se acomodó en uno de los taburetes; así era él y ella lo aceptaba tal cual, porque lo adoraba.

Garrett lo había sido todo para ella. Su padre los había abandonado cuando no era más que una niña y su hermano, siendo tan solo un adolescente, había tenido que tomar, no solo las riendas de su vida, sino las de ella y su madre. Y había que reconocer que lo había hecho de maravilla.

Garrett había sido moldeado por las adversidades, los malos entendidos y la ausencia de una figura paterna; no le extrañaba en absoluto que tuviera ese carácter huraño y agreste. Había llegado a la conclusión de que todo eso no era más que un escudo de defensa que él utilizaba para protegerse de posibles daños.

Meg no podía ver todas sus cicatrices, pero sabía que eran muchas, y la mayoría no eran físicas.

—¿Galletas?

—No, gracias.

Meg sirvió el té y colocó la taza sobre la mesa.

—De acuerdo; aquí tienes.

—Huele bien.

Meg sonrió. Ahí estaban esas señales que muy pocos conocían y que constituían el lado amable de su hermano.

Era un hombre inteligente y cumplidor. No era de esos que iban inventándose excusas para no trabajar; Garrett era un trabajador nato. Se levantaba cada mañana al alba, para dirigirse al puerto, tomar el mando del timón de su barco y pescar durante horas interminables todo el año, incluso en los fríos, húmedos y largos inviernos que solían instalarse en Ballycotton.

Nunca había faltado un plato de comida en la mesa y eso le honraba, como hermano y como hijo. Cuidaba de los suyos, tal y como hacía con Sean y Patrick. Ella sabía por boca de los dos empleados que Garrett era un patrón exigente, pero también justo, cumplidor y nada tacaño a la hora de repartir las ganancias.

Megan esbozó una triste sonrisa. Garrett no solo se enfrentaba a las inclemencias del tiempo, sino a un mar bravío, caprichoso y peligroso, como era el Atlántico, que ponía a prueba su fuerza y carácter. Ejemplo de ello, era la reciente herida de la que estaba convaleciente.

Estaba claro que Garrett cuidaba de los suyos con recelo, incluso cuando ellos no se lo permitían. Así había sido siempre, durante toda su vida. Pero, con Bree todo parecía diferente: la amaba, de eso estaba segura, porque su hermano no solía hacer nada a medias; sin embargo, no lo gritaba al mundo. Y, eso le estaba consumiendo. En el fondo sabía que toda esa preocupación, le estaba pasando factura.

No pudo más que comparecerse de él.

—¿Te duele la pierna? —preguntó Meg, intranquila.

Él la miró y su expresión se suavizó un poco.

—No mucho. —Fue la escueta respuesta de Garrett.

Ella sonrió, como lo haría una hermana orgullosa. Sabía que Garrett mentía como un bellaco. Lo vio tomar un sorbo de té y eso pareció complacerlo, al menos unos segundos.

—¿Qué te preocupa, entonces?

Garrett respondió demasiado rápido para gusto de Meg.

—Nada en particular.

Ella deslizó sus dedos rítmicamente de arriba abajo por su taza.

—¿Es por Bree? —se atrevió a preguntar.

Él masculló un improperio.

—Brianna es una mujer libre. Puede hacer lo que se le antoje.

Meg sonrió antes de tomar un sorbo de té.

—Tengo entendido que ha quedado con Trevor Collins —comentó, de pasada.

Garrett se escondió tras la taza.

—No es mal tipo —dijo Meg, poniéndose a la defensiva.

La dura y hostil mirada de Garrett podría haberla partido en dos.

—No me tientes —le advirtió su hermano.

Lo observó con fijeza. Su hermano tenía una expresión de lo más sombría; estaba claro que sufría y mucho.

—Bree es maravillosa.

—Nadie dice lo contrario —respondió Garrett, con aire ausente.

Meg suspiró. Hablar con su hermano era comparable a escalar un inmenso muro liso, sin un solo resquicio donde agarrarse.

—Me da la impresión de que te importa.

Garrett dejó escapar un sonido de desprecio.

—No es asunto tuyo, Meg. No te metas donde no te llaman.

Ella no se amilanó, a pesar de que sabía que estaba pisando arenas movedizas.

—Solo me preocupo por ti y por ella, eso es todo.

—Pues deja de hacerlo.

Meg se puso tensa. Garrett era capaz de sacar lo peor de uno mismo, si se lo proponía.

—Te mereces ser feliz —instó.

—Soy feliz a mi manera —respondió él, antes de llevarse la taza a los labios.

Meg sabía que el horno no estaba para bollos, pero aún así, decidió seguir insistiendo.

—Siempre estás pendiente de mamá y de mí, de que no nos falte de nada. Pero, ¿qué hay de ti?

—Meg, no me hagas volver a repetírtelo, por favor. Deja ya el asunto —dijo Garrett, a punto de perder los estribos.

Ella respiró profundamente antes de decir:

—Es evidente que Bree te importa.

Garrett la miró como si hubiera perdido la cordura.

—Debo irme —dijo, arrastrando el taburete hacia atrás, arañando con el rápido y enérgico movimiento el suelo de la cocina.

—No te entiendo. —Ahora ella también estaba enfadada. Garrett no tenía ningún derecho a ignorarla. Seguía siendo la hermana menor, pero sus decisiones y argumentos ya tenían peso en la vida; algo que su hermano parecía no percatarse—. ¡Es el amor de tu vida y la vas a dejar marchar!

—¡No es asunto tuyo, Meg! —gruñó Garrett—. ¡Déjalo estar!

—Claro que lo es. —Garrett tenía la mirada totalmente encendida. Parecía un león herido, a punto de saltar sobre su atacante. Sin embargo, ella no se dejó llevar por el miedo, más bien al contrario—. No sé lo que habrá ocurrido entre vosotros para que actúes de esta manera. Pero has de saber que te quiero y sé que necesitas a Bree en tu vida. Debes hablar con ella y arreglar todo este embrollo antes de que el mal sea mayor.

Garrett dejó caer la cabeza. Se rindió a la evidencia. El muslo le dolía a rabiar; sin embargo, no lo dejó entrever.

—No lo entiendes —se justificó, una vez más.

—¡Pues explícate! —exigió Megan.

El bronco corazón de Garrett latió desbocado. Meg estaba enfadada y tenía sus razones para estarlo; después de todo, Bree era su amiga y socia.

—Hice una promesa, Meg. Y debo cumplirla.

—¿Una promesa? —preguntó ella, sin entender muy bien que significaba aquello.

Garrett levantó la mirada y la entrelazó con la de su hermana.

—A Declan. Le prometí que dejaría en paz a Brianna; es lo que voy a hacer. —El pasado entre Declan y él ya era demasiado complicado como para pasar por alto una promesa de tal calibre.

Meg, consternada, miró a Garrett.

—Y ¿ya está? —susurró.

—Es lo que hay. Es lo mejor para todos —Garrett pretendió zanjar así la conversación.

—¡No! ¡Eso no es cierto! —protestó ella, enérgicamente.

Garrett se quedó helado ante la reacción de su hermana. Meg era dulce y benévola, nada que ver con la mujer que tenía ahora mismo ante sí.

—Debes luchar por ella, Garrett. Decirle lo que sientes; o todos, de una manera u otra, sufriremos las consecuencias.

Aun sabiendo que su hermana podía estar en lo cierto, dijo:

—No puedo, Meg. No puedo romper la promesa que hice en su momento a Declan.

Ella empezó a temblar, conocía muy bien a Bree y sabía que tarde o temprano, tomaría una decisión que afectaría a todos; y no para bien. Lo más probable es que huiría de Ballycotton, lejos de Garrett.

—¡Claro que puedes, Garrett O’Ryan! —dijo, con voz quebrada—. Declan lo entenderá. —Observó cómo su hermano clavaba sus ojos en ella, con aquella mirada que podía romper una roca en dos, pero no se amilanó—. Lo que ocurre es que eres demasiado testarudo y un negado a la hora de expresar tus sentimientos.

—¿Se puede saber a dónde vas? —preguntó él, cuando la vio dirigirse a la puerta.

—No es de tu incumbencia. ¿Sabes? Yo también soy una mujer libre.

—¡Esta conversación no ha terminado! —bramó él.

Meg se detuvo en seco y se giró, antes de abandonar la cocina.

—Te equivocas. Esta conversación terminó en el mismo instante en el que tú antepusiste una promesa a tu propia felicidad.

Garrett, ante la marcha de Meg, se sintió más solo que nunca.

Con un ademán brusco se mesó el pelo.

El dolor físico se convirtió en algo más, que no supo definir.

Sintió rabia y, por un momento, deseó gritar hasta vaciar aquella sensación que parecía estar ahogándolo.

Pero en vez de eso, se apoyó en su bastón y salió de la cocina como lo que era: un hombre derrotado.



Esencia Irlandesa

Capítulo 9

Abrió la puerta con cuidado de no hacer ruido; el silencio la recibió como un compañero dispuesto a abrazarla. Tuvo cuidado de no tropezar, puesto que, en el último momento, decidió no encender la luz del porche. Nada más entrar, un pequeño halo de luz que brillaba en la mesa de recepción permitió que no colisionara con los muebles y sillas, dispersos con elegancia por la estancia.

Sabía que Deirdre estaba durmiendo en una cama plegable en la sala que ella utilizaba para dar masajes. Una vez más, se lo agradeció, era una mujer estupenda y se había ofrecido a quedarse, por si algún cliente necesitase alguna cosa de última hora; así ella podría acudir a su cita. Si es que se podía llamar así a estar un par de horas escuchando el insulso monólogo de Trevor.

Tenía sed, se dirigió a la cocina, sacó un vaso del armario y derramó agua en su interior. Bebió varios pequeños tragos consecutivos hasta que tuvo la certeza de que la sequedad de su garganta hubo desaparecido por completo.

Se preguntó si a Garrett le había surtido efecto el último calmante que había dejado sobre su mesilla de noche. Era tan disciplinada y pragmática que no había podido dejar de ejercer de enfermera ni aun estando enfadada con él.

—Te comerán las moscas, si sigues así —murmuró.

Todas las noches entraba en la habitación y comprobaba que no tuviese fiebre, que el apósito no estuviera manchado de sangre o que no se hubiera movido, pero hoy no lo haría. Él no se merecía sus atenciones.

Salió de la cocina, decidida a ir al sofá. Estaba cansada, necesitaba dormir y que amaneciera de nuevo. Y todo eso en un tiempo récord.

—¡Maldita sea! —exclamó cuando se vio a sí misma ir hasta la habitación donde dormía Garrett.

Abrió la puerta despacio, con cuidado de no despertarlo. Él yacía inmóvil, acostado del lado derecho. Avanzó varios pasos de puntillas, había olvidado quitarse los zapatos, y llegó hasta la cama.

—Llegas pronto.

Ella dio un respingo al escuchar su voz. Las cosas iban de mal en peor.

—Pensé que estabas dormido —se justificó ella.

—No he tomado el calmante —dijo él, encendiendo la pequeña lámpara que se encontraba sobre la mesilla de noche.

Y la habitación se llenó de una suave luz.

Estaba preciosa. En su rostro podía leer la sorpresa, y sus labios entreabiertos eran dignos de ser besados hasta llegar a perder la noción del tiempo.

—¿Lo haces todas las noches? —quiso saber Garrett.

—¿El qué? —preguntó ella, algo desconcertada.

—Venir a comprobar que estoy bien. —Garrett apoyó las palmas de las manos en el colchón y se incorporó, no sin cierta dificultad.

Ella intentó digerir la combinación de desazón y de agitación que se agolpaban en su garganta, al ver su torso desnudo. Deseó con todas sus fuerzas otro vaso de agua.

—Hago bien mi trabajo —fue lo único que ella pudo responder.

—No lo dudo —apostilló el hombre.

Él se movió torpemente sobre el colchón y en su rostro apareció una mueca de dolor.

—¿Te duele? —preguntó la joven, inquieta.

—Bastante, pero puedo soportarlo —aclaró él.

—Te traeré un calmante —propuso, solícita.

Sus ojos se encontraron.

—No quiero calmantes. Te he dicho que podré soportarlo —insistió Garrett.

—¿Estás seguro? —preguntó Bree, con expresión de preocupación.

—Lo estoy —dijo él con sequedad. Se removió hasta que encontró una postura que aplacó, un poco, su dolor.

Brianna se humedeció los labios, sin saber muy bien qué hacer. Le daba la sensación de que había entrado en la cueva del ogro y que, hiciese lo que hiciese, iba a ser engullida de un solo bocado, de un momento a otro.

—¿Tu cita no ha ido bien? —le preguntó con tono burlón.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquirió ella, tensa.

Él levantó la ceja de un modo alentador. Le podía dar mil razones para saber que su cita con Trevor no había terminado bien, qué Dios lo perdonase; pero se alegraba de que hubiese sido así. La auténtica y cruda realidad era que no había podido pegar ojo en las horas que llevaba en la cama. Solo con el hecho de imaginarse a Brianna en brazos de ese mujeriego, se le revolvían las entrañas. Era muy consciente de que el dolor de la pierna se había intensificado por no tomar el calmante, pero necesitaba oírla entrar en casa, saber que estaba bien y que ese malnacido no se hubiese propasado con ella.

La mirada de Brianna seguía triste, sus ojos no brillaban con la intensidad que solían hacerlo. Su preciosa melena cobriza se escapaba de una agraciada coleta, que despejaba su rostro ovalado y níveo, que no mostraba en absoluto emoción alguna de haber disfrutado de la velada. El hecho de verla vestida con pantalones vaqueros y un jersey de lana le dio cierta alegría, no se había arreglado para su cita y eso lo satisfacía mucho más de lo que pudiera pensar en un principio.

—No pareces feliz —dijo él, sin mucho convencimiento.

Bree se limitó a suspirar.

—Hay demasiadas cosas que no me hacen feliz —aclaró, resignada.

Garrett tensó su postura. Estaba claro que la puya iba dirigida a él. Se lo tenía bien merecido.

La observó con detenimiento, con semblante serio.

¿Iba a permitir que ella se enamorase de otro hombre?

La respuesta era demasiado sencilla y clara como para pasarla por alto.

Garrett se había quedado en silencio y ella estaba muy cansada para comenzar otro asalto. Sintió la necesidad de huir, de escapar de sus sentimientos.

—Será mejor que me vaya. Debes descansar —respondió con un tono sombrío y deseando salir de la habitación.

—Un momento... —dijo él, atrapando la mano de ella en el aire.

—Garrett, por favor, no me hagas esto...

—¿El qué? —Garrett intentó quemar el último cartucho.

—Déjame marchar —suplicó con las lágrimas pugnando por salir.

Algo en la voz de ella, hizo que se pusiera alerta.

—¿Marchar al sofá, Brianna? —preguntó, no muy convencido.

Ella oyó su nombre y miró. Se humedeció los labios antes de hablar y rompió todo contacto visual con él. A continuación, dejó caer la mano. Lo lamentó de inmediato, sentir a Garrett era maravilloso.

—Vuelvo a Dublín —sentenció.

Bree soltó el aire que había contenido en sus pulmones. Decirlo en voz alta, no había resultado tan duro, como sospechó en un principio.

—¿A Dublín? ¿Por qué? —preguntó él, asombrado —. Creí que Esencia Irlandesa era tu sueño. Ella sonrió con tristeza.

—Lo era, ahora no estoy tan segura de que sea así —aclaró Brianna, desilusionada.

El corazón de Garrett dio un vuelco y sintió un martillazo de terror ante la confesión de Bree.

—¿Es por mí? —se atrevió a preguntar.

Contuvo la respiración antes de responder. Una mentira más no iba a causar demasiado daño.

—Entre otras cosas —le respondió.

Él asintió con una mirada impasible.

—Entiendo —dijo, sin más.

Bree intentó sonreír, pero fracasó.

—Meg y Cat lo comprenderán —se vio con la necesidad de aclarar.

—¿Estás segura de eso? —insistió él, incrédulo.

¿A quién quería engañar? No podía soportar la idea de perderlo; así que respiró profundamente antes de asentir.

—Ven, acércate. Siéntate —propuso Garrett, decidido a por todas.

—No creo que sea buena idea —se defendió ella.

—¿Por qué? —Él no estaba dispuesto a ceder.

Podría darle mil razones para no hacerlo, pero solo se permitió una.

—Estoy cansada. —Por una vez, era totalmente cierto su razonamiento.

Estaba a punto de volverse, cuando él la llamó de nuevo.

—Hablemos, por favor. Estoy seguro de que podemos llegar a algún tipo de entendimiento. — Garrett pensó que ahora ya no podía rendirse.

—Es una decisión firme; no hay nada de qué hablar —sentenció Brianna.

Su mirada se clavó en ella durante un instante.

—¿Podrás perdonarme algún día? —cuestionó, derrotado.

Ella hizo lo posible por ignorar esa sensación que la estaba autodestruyendo por dentro.

—No hay nada que perdonar. Fuiste sincero con respecto a tus sentimientos; y, si algo hay que agradecer en esta vida, es que las personas que te importan te digan lo que sienten.

La idea de perderla una vez más era ya una tortura. Se recostó con brusquedad sobre el cabecero de la cama.

—Me siento el hombre más vil del planeta —confesó.

—No, no deberías sentirte así —Brianna quiso descargarle de culpa.

—Acércate por favor, lo haría yo, si pudiera —suplicó, una vez más.

Ella contrajo los labios y sopesó la situación; lo mejor sería marcharse. Dejar todo cómo estaba y pasar página de una vez por todas; pero en vez de eso, avanzó hacia él.

—No he sido sincero contigo. —Le acarició la mano, volvió la palma hacia arriba y entrelazó los dedos en los de ella.

La mirada de Bree se clavó en la unión de las manos un instante; después voló a su rostro.

—Quiero que seas feliz —continuó.

—A mi manera, lo soy. —Se vio en la necesidad de aclarar ella, mientras sentía la calidez de su piel contra la de él.

Él no dijo nada.

—Garrett, no hagamos esto más difícil, por favor. —Las lágrimas le ahogaban la garganta —. Nos debemos a nosotros mismos un poco de paz. He sopesado los pros y los contras, y lo mejor para todos es que yo regrese a Dublín.

—Y, ¿ya está? —preguntó Garrett, una vez más.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Irte lo va a solucionar todo? —insistió.

Con el pulgar acarició el dorso de la mano de Bree. Ella intentó deshacer la unión, pero él no se lo permitió.

—No puedo seguir así, bien sabe Dios que lo he intentado, pero no puedo —se disculpó.

Ella sintió que se perdía en sus ojos.

Garrett asió de ella hasta que Brianna se vio obligada a avanzar varios pasos hacia adelante. Sus rodillas rozaron con el colchón.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella, centrando su atención en la maravillosa sensación de tener las manos unidas y el incesante hormigueo que recorría todo su cuerpo.

—Todo, Bree, todo —confesó el hombre, al fin.

Ella parpadeó. Sus ojos estaban muy abiertos y parecía sorprendida.

—Hace unas horas...

—Hace unas horas era un tipo sin escrúpulos, que se mentía a sí mismo, —la interrumpió—. Un estúpido que se negaba a admitir la realidad.

Ella lo dedicó una mirada carente de toda delicadeza. Garrett continuó hablando; se había lanzado a abrir su corazón y su alma, de modo que no pensaba parar ahora.

—Esta noche he llegado a una conclusión y es que no puedo verte con otro hombre, ni siquiera imaginarlo.

Brianna logró controlar su enojo.

—Pero tampoco contigo —replicó molesta.

—La cuestión ya es otra...

Brianna arqueó las cejas y lo miró con fijeza mientras esperaba que terminase lo que tenía que decir.

—Verás... Siéntate, por favor. —Observó que ella seguía su mano libre hasta la cama y se

detenía sobre las sábanas dando pequeños toques sobre el blanco algodón.

—No —declinó.

—Está bien —dijo él, con suavidad—, seré yo quien me levante... —Echó las sábanas hacia atrás y se dispuso a sacar la pierna malherida.

Al ver la desnudez de Garrett, Brianna no pudo más que tragar saliva.

Había olvidado que a Garrett le gustaba dormir sin pijama.

—De acuerdo... —dijo, más nerviosa de lo que quería aparentar. Se sentó en el lateral de la cama—, pero termina de una vez lo que tengas que decirme. —Intentó zafarse de su agarre, pero él no se lo permitió—. ¡Quita de inmediato esa estúpida sonrisa de tu cara! —exclamó ella con un tono ominoso.

Él, por supuesto, no lo hizo.

Garrett llevó su mano libre hasta el pelo de ella y, en un rápido movimiento, tiró de la goma elástica, deshaciendo su coleta.

La melena rojiza y brillante cayó como una cascada sobre sus hombros.

—¿Se puede saber que estás haciendo? —le preguntó, desconcertada.

—Me gustas más con el pelo suelto. —Garrett volvió a sonreír. Esta vez, dulcemente.

Ella lo miró atónita, y él supo que si las miradas matasen, ya estaría fulminado. De nuevo compuso el gesto.

—He sido un estúpido... —comenzó a decir.

—Hasta ahí, estamos de acuerdo —le interrumpió.

—La pregunta es: ¿es tarde?

Ella permaneció inmóvil, observándolo.

—¿Tarde para qué?

—Para decirte que en todos estos años no he podido dejar de pensar en ti; que no he podido dejar de amarte y que, aunque no pueda recuperar el tiempo pasado por mi testarudez, quiero... mejor dicho, necesito estar contigo. Ya no hay más opciones, Brianna: es eso o una muerte en vida.

Ella lo miró perpleja, como si estuviera comprobando que sus palabras habían brotado de su boca y no eran imaginación suya. Se esforzó por salir del sopor que la envolvía.

—¿Hablas en serio? Porque si es una broma Garrett O’Ryan te juro que...

Él no la dejó terminar.

—Nunca he hablado más en serio que ahora mismo, Bree. —Para mí esta situación no está siendo fácil. —Hizo una pausa para coger aire y volvió a rogarle—. Sé benévola conmigo.

Él la miró. Su rostro revelaba sorpresa e incluso pudo leer algo parecido a la esperanza.

—He esperado oír decirte esas palabras toda una vida. —Notaba un nudo en la garganta, pero aun así decidió continuar—. La primera vez estabas bajo los efectos de los calmantes y pensé... pensé que todo era a causa de la conmoción.

—¿No fue un sueño? —preguntó él con cierta sorpresa en su voz.

—No.

Ella esbozó una sonrisa tenue y delicada.

—Lo siento, Bree. Lo siento muchísimo, no imagino lo que has tenido que pasar estos días teniéndome a tu lado. —Él deslizó el dedo índice por debajo del suave hueso de la clavícula.

Ella dejó de respirar y no pudo evitar estremecerse ante su contacto.

—¿Y dónde quedan tus negativas? —quiso entender.

Él abrió la boca y la volvió a cerrar de golpe, porque estaba seguro de que no tenía una respuesta coherente.

—No he podido evitar ser un estúpido, pero durante estos días a tu lado, he comprendido que vivir sin ti es la mayor condena que me puedo otorgar. —La miró directamente a los ojos y se perdió en el verde intenso de su mirada—. No obstante, estoy dispuesto a cumplirla si tú me la impones.

Brianna cerró los ojos y se ordenó tranquilizarse.

—Bree...

Era muy consciente de su voz, así como del uso del diminutivo de su nombre, que solo utilizaban sus seres más cercanos. Abrió los ojos y, a escasos centímetros encontró el rostro de él.

—Te necesito. Confieso que he sido un egoísta y que no te merezco, pero...

Ella abrió la boca y lo dijo antes de terminar de pensarlo:

—Te quiero. —En el momento que sus ojos se encontraron, no se amilanó. Se armó de valor y continuó hablando—. Creo que te he querido siempre. Soy muy consciente de que no puedo vivir aquí, viéndote todos los días sin poder tenerte.

Los ojos de Garrett se abrieron hasta llegar a su mayor expresión. Ahí estaban esas palabras de las cuales había rehuído una y otra vez. Su mirada se clavó en ella durante un instante. Siempre había creído que era mejor mantener sus sentimientos en secreto, pero ahora veía que estaba completamente equivocado. La necesitaba con desesperación.

—Prométeme que no volverás a Dublín—dijo él, inquieto.

—Marcharme, lejos, muy lejos, donde la distancia hiciese de ti un olvido, sigue siendo un gran plan.

—No hablas en serio. Este lugar te pertenece y tú lo sabes mejor que nadie.

Él tenía razón, Ballycotton era su hogar. El pueblo donde estaban todas las personas que quería en su vida.

—Siempre se debe tener un segundo plan, Garrett. No es la mejor escapatoria, pero sí la más honrosa.

Garrett supo que le estaba dando una salida y que, si él la aceptaba, ella la acataría, no le cabía la menor duda. Se iría lejos y Brianna no regresaría jamás.

—Acabas de confesar que me quieres y eso tiene que significar algo —deslizó la yema de sus dedos por la mejilla de ella—. Reconozco que soy testarudo y poco sociable. Admito mis errores a regañadientes. Pero desde que has llegado al pueblo, solo me levanto con una idea en mente y no es otra que verte. Constantemente deseo acariciar tu melena y gritar al mundo que me perteneces.

Dejó que las palabras afloraran un momento en el aire.

—¿Y si es otro sueño, Garrett?

—No, no lo es, Bree. Créeme. —Las palabras de Garrett destilaban certeza.

Ella intentó leer la verdad en su mirada. Allí había una mezcla de remordimiento y esperanza que la sobrecogió.

Garrett siguió mirándola con cautela.

—Quédate conmigo, por favor. —Frotó su nariz contra su cuello y la sintió temblar. ¡Dios!, Brianna olía de maravilla. Pensar en perderla le desesperaba —. Te necesito.

—¿Me necesitas?

Le sostuvo la mirada un momento. Si quería que ella se quedase, debía ser sincero. Exponer sus sentimientos y su corazón. Se inclinó para hablarle al oído.

—Sí, te necesito. —La sintió temblar entre sus brazos. —Y te quiero. ¡Eres tan hermosa!

Tomó su rostro y se inclinó hacia ella.

—No quiero que te vayas —susurró contra sus labios. —Prométeme que te quedarás.

Su aliento sobre su piel formaba pequeños remolinos de placer. Bree contuvo la respiración. Tímida e indecisa, cerró los ojos y decidió disfrutar de cada caricia y roce. Era como estar sobre una nube, flotando en una inmensa neblina de calidez y plenitud. La besó en la mejilla y luego rozó su fina línea de la mandíbula. Lentamente, se acercó a sus labios temblorosos y los besó despacio, sin prisa, deleitándose con su sabor. Ella no pudo resistirse al sensual contacto y abrió su boca para recibirlo. Le escuchó gemir y, a continuación, dejó sus labios para recorrerle suavemente el mentón con ellos. Estaba perdida en sus brazos, y él parecía saberlo.

Tiró de su jersey hacia arriba, deslizándoselo por los brazos hasta dejarlo caer al suelo.

—¡Dios, eres maravillosa, Bree! —exclamó, deleitándose con su piel nívea. Deslizó sus dedos muy lentamente, a lo largo de su espalda.

Ella, como respuesta, hizo que el abrazo fuera más íntimo, hecho que aprovechó Garrett para desprenderle el sujetador. No pudo evitar la tentación de acariciar sus senos, tan pequeños y delicados, deteniéndose en sus pezones erectos y expuestos a él como dos capullos rosados. Realmente esto era mucho mejor de lo que él había imaginado.

—Eres perfecta.

Ella se mordió el labio inferior, algo indecisa y pudorosa.

A continuación, se deshizo de sus pantalones en un santiamén. La necesitaba desnuda y en la cama, junto a él.

—No tengo demasiada movilidad, pero encontraremos la manera de buscar que esto salga bien —murmuró, ignorando una punzada de dolor en el muslo.

Ella asintió despacio.

—Tendrás que decirme lo que te gusta, debes guiarme y así me aseguraré de que te doy lo que deseas. ¿de acuerdo? Separa las piernas.

Ella obedeció poco a poco sus indicaciones. Se colocó a horcajadas sobre él, con cuidado de no hacerle daño. Una sonrisa incipiente se dibujó en la comisura de sus labios.

—Me gustas tú, Garrett —murmuró contra su boca.

Garrett se perdió en sus ojos y en su boca tuvo la impresión de que le faltaba el aire. Toda su sangre se agolpaba en su miembro y lo despertaba vigoroso y erguido hasta la cumbre. Acercó una vez más sus labios a los de ella y la besó con pasión, con ese frenesí guardado y atrapado durante largos años; le gustó su insinuante respuesta. Tenía que hacerla suya, necesitaba poseerla. Sentía que, de no ser así, seguramente moriría en ese instante.

Bajó la cabeza y lamió el cuello despacio; bajó a los pechos y recorrió su contorno, lamiendo despacio sus pezones, trazando lentos y perfectos círculos alrededor de ellos. Brianna cerró los ojos, dejó caer la cabeza hacia atrás, y se arqueó contra él. Gritó y gimió, mientras él acariciaba con deseo los pliegues de su sexo. Sus dedos ahondaron más en ella, trazando un insidioso recorrido que hizo que escapara un profundo gemido. El orgasmo llegó despacio, casi de forma inesperada.

— Me vuelves loco —dijo, tragando saliva.

Garrett deslizó las manos por los flancos de su cuerpo y acarició milímetro a milímetro la suave piel de ella.

—Bree, te necesito...

Ella bebió de sus labios las palabras pronunciadas por él y se excitó más por su declaración que por sus caricias. Decidida y resuelta, apartó las sábanas y optó por capturar con la mano su largo, grande y duro pene.

Él ahogó un jadeo.

—Necesito... necesitamos un preservativo.

Brianna lo miró provocativa.

—Claro.

—Solo por precaución —aclaró.

Ella se echó hacia adelante, momento que él aprovechó para lamer su pezón. Ella a duras penas pudo abrir el primer cajón de su mesita. Cerró los ojos y gimió.

—Aquí tienes.

—Chica precavida.

A ella le divirtió el comentario jocoso. Garrett aceptó el condón y se lo puso.

—¿Estás segura?

En vez de responder a la pregunta, elevó su cuerpo y lo introdujo despacio en su interior. Escuchó gemir a Garrett en algún momento, pero tampoco pudo asegurar si había sido ella la que se aferró a las súplicas del ansiado elixir que exigía su cuerpo.

En algún momento, Garrett se detuvo y la miró estupefacto. La barrera que encontró, lo contuvo de inmediato. La miró extrañado y preguntó:

—¿Eres virgen?

Ella se sonrojó, y él pudo notar el calor expandirse por sus mejillas.

—Chhhss —lo silenció ella, con el dedo índice sobre sus labios—. Hazme tuya, Garrett. Hazme tuya para siempre.

Garrett iba a protestar, pero ella lo acalló con un profundo y prolongado beso.

—Bree, escucha...

—No pares ahora, por favor —le suplicó.

Deslizó un brazo en torno a ella y abrió la mano sobre su trasero.

—Puedo esperar —insistió Garrett.

Ella sonrió. Se inclinó para hablarle al oído.

—¿En serio?

Pudo ver, a través del reflejo de sus ojos, la batalla interior a la que estaba siendo sometido. Deslizó su sexo por el miembro duro y profundizó un poco más. Salió y lo repitió una vez más.

Gruñó de puro placer.

—Joder, no. No puedo esperar.

Todo se precipitó; la embestida se hizo más profunda y, tras la invasión, Brianna no pudo más que ocultar su rostro en el hueco del cuello de su amante y ahogar un grito de dolor.

—Lo lamento, cariño. No era mi intención dañarte. Si hubiera podido evitarte este dolor, lo habría hecho. Te lo aseguro.

El dolor seguía ahí, pero era cada vez menor y, a los pocos segundos, solo quedaba el rastro de un débil resquemor.

—Ya no me duele. Quiero más —le indicó ella tímida.

Él sonrió pícaramente mientras acariciaba y comprobaba que la suavidad de sus cabellos era tal y como siempre había imaginado.

—Te quiero, Bree. —Ella lo besó—. Prométemelo.

Ella, sensual, se mordió el labio inferior.

—¿El qué? —preguntó, inocente.

Él la sonrió, pero su mirada se volvió oscura y severa.

—No juegues conmigo, te lo suplico.

Y fue en ese mismo instante, cuando ella le devolvió la sonrisa. Besó la punta de su nariz.

—Te lo prometo. Me quedaré en Ballycotton.

Él fue a decir algo, pero ella no se lo permitió.

—Siempre contigo, Garrett. —Lo besó con una necesidad reveladora.

—Siempre conmigo, hasta más allá de la eternidad —dijo él contra sus labios.

Acto seguido, la penetró de nuevo y sintió cómo sus palabras y su cuerpo caldeaban su alma.

Había roto una promesa a su mejor amigo, pero a cambio había recibido más felicidad de la que se habría imaginado jamás.



Esencia Irlandesa

Epílogo

Nora O’Ryan, la madre de Garrett y Meg, observó el humo de la barbacoa ascender despacio hasta lo más alto. Su viaje a Praga había sido maravilloso y no dudaba que repetiría la experiencia muy pronto. Pero quizás lo mejor había sido su regreso a casa.

Garrett se había enamorado locamente de Brianna Craig y era un hombre feliz y alegre. Ya no quedaba nada de ese hijo taciturno y triste que había dejado antes de su partida. Lo vio acercarse a su futura esposa por la espalda, agarrarla por la cintura y girarla para sí con una pasión desbordante. Ella había soltado un grito de sorpresa al principio, pero después se refugió en los brazos de Garrett para besarlo con pasión.

Los gritos de alegría de Meg y Cat no se hicieron esperar, incluso Declan, vigilando la barbacoa, se llevó los dedos a la boca y silbó fuertemente a la pareja. Ellos parecieron no percatarse de la gente que los rodeaba porque siguieron besándose con pasión, sin importarles lo que acontecía a su alrededor.

Nora se sintió en ese instante la mujer más feliz de la faz de la tierra. Adoraba a Brianna, la había visto crecer, hacerse la mujer que era hoy en día, y sabía que era la mujer idónea para su hijo. Solo había que mirarla a los ojos para comprender cuánta pasión podía atesorar en su interior. Para la muchacha, su vida tampoco había sido un jardín de rosas, pero ahora parecía que todo el pasado quedaba atrás y el presente comenzaba a encajar.

No pudo evitar fijarse en su pequeña Meg, la más tímida de las tres, pero sin duda la más cariñosa. En ese instante tenía en brazos a Erick, que parecía divertirse con los juegos que le prodigaba su tía. Su pequeña ya era toda una mujer; esperaba que pronto encontrase al hombre que la hiciera feliz y formara la familia que tanto deseaba. Entonces, el círculo se cerraría y ella podría descansar y vanagloriarse de haber hecho un buen trabajo con todos ellos.

Declan gritó algo que ella no logró entender; sin embargo, su esposa corrió, risueña y feliz, a refugiarse en sus brazos, ese gesto le pareció hermoso y natural en una pareja enamorada como ellos.

¿Quién lo habría pensado? ¡Caitlin y Declan juntos!

El olor de la carne de la parrilla se extendió por toda la finca; si sabía tan bien como olía,

sería un gran banquete. Muy pronto comenzarían a llegar todos los invitados porque ese día, en Craig House para los lugareños y Esencia Irlandesa para los turistas, se celebraba un *ceili* para todos los habitantes del pueblo, incluidos los clientes que se hospedaban en ese momento en la casa.

Todos parecían estar ilusionados y alegres ante la perspectiva de una gran fiesta.

Unos traerían comida y postres, otros vendrían con la bebida e instrumentos musicales. Y al final, la totalidad de la gente del pueblo recibiría la madrugada bailando, hasta quedar desfallecidos. En eso consistía un *ceili*, en una reunión de amigos acompañada por música y regada por litros de cerveza.

Muchos de ellos comenzaron a hacer su aparición. Se saludaban, reían y se abrazaban unos a otros, como si hiciese meses o años que no se viesen. Nunca dejaba de sorprenderle la gente de Ballycotton.

A Nora le encantó estrechar a Deirdre entre sus brazos. Era una mujer maravillosa y habían llegado a un acuerdo para estar ambas a cargo de la limpieza de las habitaciones, lo harían por turnos ahora que Brianna tendría menos tiempo, tras su matrimonio.

Malachy llegó con su alegría y varias cajas de cerveza negra bajo el brazo, que depositó, a posteriori, bajo un árbol. Saludó a todos con su humor tan característico y deleitó a los demás con dos chistes subidos de tono. Todos, sin excepción, rieron y agasajaron a Malachy por su irrupción y su talante.

Esa tarde había cerrado el pub. Todos estarían allí, nadie faltaría en aquella maravillosa reunión. Reirían, brindarían por la vida y la amistad y, lo más importante, bailarían bajo el sonido de las gaitas, las flautas y el influjo de las canciones irlandesas.

—Me alegro tanto por ti, Bree —le dijo Nora al acercarse a ella—. Ver a Garrett feliz es el mejor de los regalos.

Bree sonrió sin dejar de mirar a su prometido.

Garrett no había vuelto a su casa. Desde aquella primera noche juntos, ambos dormían en la misma cama y, cada noche, tras hacer el amor, ella se acurrucaba contra el cuerpo cálido de él y se dejaba llevar por un plácido y delicioso sueño.

—Para mí también lo es, Nora —le correspondió Brianna.

—He ganado otra hija y eso me satisface enormemente —agregó la mujer.

Brianna observó a su futura suegra y supo que estaba siendo sincera. Sus ojos estaban brillantes y parecía que toda la emoción se refugiaba en ellos.

—Y yo, una madre —confesó, ilusionada.

—Oh, Bree... —Nora se enterneció ante las palabras de la muchacha y como respuesta, no pudo más que abrazarla—. No imaginas cuanto te necesitaba Garrett.

—Tanto como yo a él —apostilló la joven.

Nora lo sabía. Acarició la mejilla de Brianna y luego dejó caer la mano despacio.

—Eres maravillosa; y me daréis nietos maravillosos —añadió, sonriendo.

Nora se percató de que Brianna se ruborizaba y sintió compasión por ella. Aún era muy joven, pero tenía muy claras sus palabras. La pasión que había entre su hijo y ella se podía palpar a leguas e imaginó que, tras la coraza de hombre duro y testarudo ante los demás, su hijo debía ser todo ternura y afecto en la intimidad, al lado de la mujer que amaba.

Reparó en que Garrett buscaba algo y pareció encontrarlo cuando sonrió de oreja a oreja en su dirección, pues Brianna le respondió de igual modo.

—Si me disculpas, Nora —se excusó.

—Claro, hija, ve —la animó ella.

Minutos después, la pareja se perdía, cogida de la mano por los alrededores de la casa.

Nora decidió unirse a sus vecinos para cambiar impresiones y pasar una agradable velada, porque no había mejor sensación en la vida que volver al hogar y encontrarse con los suyos.

—¿De qué hablabais mi madre y tú? —preguntó Garrett sin soltarle la mano.

Brianna sonrió para sus adentros. Era consciente que, para Garrett, la figura materna era muy importante, ya que él se había ocupado de ella, de Cat y de su hermana desde que su padre los abandonó.

—De lo maravilloso que eres —respondió Bree.

—Venga ya...—Él se detuvo ipso facto para entrelazar su mirada con la de ella— Bree, te quiero.

Ella reconoció la sensación de hormigueo en cuanto le recorrió el cuerpo. Estaban en la parte posterior de la casa, Meg había hecho un trabajo maravilloso en aquella zona, creando un jardín fantástico, que en ese instante, desprendía el perfume tan característico que les ofrecían la tierra y las flores.

—Yo...

No terminó la frase porque él selló sus labios con un beso profundo y dulce.

—Eres el amor de mi vida porque has llegado a ser parte de mí —le dijo, acariciando su mejilla con el dorso del dedo—. Cada parte de mi alma, cada rincón de mi ser, te pertenecen. Anhele todo lo que eres tú, sin excepción alguna y, por esa razón, prometo adorarte más allá de la vida; y juro, bajo la tierra que pisan mis pies, que te amaré hasta el final de los tiempos.

—Garrett... —exclamó ella, turbada y sorprendida.

—Son mis votos y me pareció lo más correcto decírtelos primero a ti y luego, en nuestra boda, proclamarlos a los cuatro vientos, para que el mundo sepa el amor que te profeso— le confesó él, acariciando el anillo de oro que la joven portaba en su dedo como vestigio de su compromiso.

Brianna se mordió el labio inferior, respiró profundamente y aguardó varios segundos para recuperar el control sobre sí misma. Enterró el rostro en el pecho de su prometido y percibió los fuertes latidos de su corazón.

—Te he querido siempre, Garrett O’Ryan. Creo que has estado presente en toda mi vida, aun sin yo saberlo.

Garrett se sintió el más dichoso de entre todos los hombres que vivían en la tierra. Por fin era suya y algún día formarían esa ansiada familia que ambos tanto deseaban.

Irlanda era tierra de leyendas y muchas de ellas hablaban de hombres valientes. La suya era bien diferente, no había sido un hombre valeroso. El miedo lo había vencido en tantas ocasiones que le era difícil recordar todas ellas, quizás demasiadas; no obstante, él ya había escrito su propia historia.

El viento comenzó a soplar con una suave y cálida brisa. Las olas, al chocar contra el arrecife, robaban parte de ese murmullo. Las ramas de los árboles se balancearon a un ritmo perezoso y él supo que, tras esa atípica ráfaga de aire, en el mes de junio, se encontraban sus ancestros, aplaudiendo su decisión y su amor por Bree.

Era un hombre ligado a sus raíces, a sus costumbres perdidas en el tiempo.

Brianna lo miró desconcertada.

—¿Qué ocurre?

Él sonrió despacio, sin prisa, sin apartar los ojos de ella.

—¿Escuchas el viento?

—Es un viento cálido —dijo Bree, asintiendo.

—Es la melodía que nos dedican nuestros ancestros —aclaró él.

Ella rio y, al mismo tiempo, lo miró asombrada.

—Nunca dejarás de sorprenderme, Garrett O’Ryan —le dijo ella, depositando un beso en los labios de él.

—Eso espero, cariño; eso espero —respondió Garrett perdiéndose en su verde mirada.

Ambos se abrazaron y se besaron mientras al fondo, al otro lado de la casa, se escuchaban las voces de sus vecinos y amigos por encima de la música de la gaita y la flauta.

¡Slainté! —gritaron al unísono todos ellos mientras el cristal de sus botellas y jarras de cerveza se topaban las unas con las otras.

FIN

NOTA DE LAS AUTORAS

Tres amigas...

Tres historias...

Y un lugar tan mágico y legendario donde todo es posible.

Tres amigas... Mar, Yolanda y Mimi. La distancia nos separa físicamente, pero estamos unidas por el corazón, por la pasión de escribir y por la amistad que nos hace sentir que estamos las tres juntas compartiendo una y mil tardes de café y charlas.

Tres historias... Que darán vida a este libro, que son independientes, pero entrelazadas a la vez y que esperamos no los deje indiferentes.

E Irlanda... tan mágica y legendaria, tan llena de recuerdos, tormentas y esencias como las que descubrirán en estas páginas.

Así damos inicio a este libro, porque así también fue como surgió esta idea de juntar plumas y crear algo que fuera distinto, que llegara a los corazones y que tuviera nuestra esencia, ese pedacito de nosotras en las tres historias que hoy compartimos con ustedes, los lectores.

Solo nos resta decir que esperamos que disfruten de este libro tanto como nosotras lo hemos hecho al planificarlo, plasmarlo y darlo a conocer.

Gracias, lector, por elegirnos.

Mar, Yolanda y Mimi.

SIGUIENTE ENTREGA DE LA TRILOGÍA

PERDIDO EN TU ESENCIA

Por cuestiones laborales, Adrien Bouvier, un reconocido columnista en una revista de turismo, se ve obligado a viajar a un pequeño pueblo en Irlanda. Pero la idea no es de su agrado. El romanticismo, digno emblema de su ciudad natal, Paris, también lo verá reflejado en el hostel donde deberá alojarse y él no es hombre que se jacte por ser romántico. No está preparado para sentir un amor que no es otra cosa que un capricho del destino.

Megan O’Ryan ama su trabajo como chef, el que la mantiene constantemente ocupada y que evita que piense en un pasado que nadie le quiere contar y que ansía descubrir. La llegada de un inquilino francés al hostel revoluciona su interior, pero se niega a aceptar lo que él despierta en ella. Irlanda obrará su magia.

¿Podrá Adrien creer en ella?

¿Podrá Meg dejarse llevar por lo que siente?

A romantic couple embracing on a cliff at sunset. The man is wearing a dark beanie and a grey sweater, and the woman is wearing a white hat and a red top. They are both smiling and looking at each other. The background shows a dramatic sunset over the ocean with a lighthouse on a distant cliff.

*Perdido
en tu esencia*

MIMI ROMANZ

TRILOGÍA ESENCIA III

SOBRE: YOLANDA REVUELTA



Nació un 17 de enero de 1973 en Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de *Tempestad Salvaje*, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo

mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio Un amigo es un tesoro, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Su lema Los sueños se cumplen si no los abandonas es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

Me puedes encontrar en;

Instagram, Twitter, google, Facebook

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Preludios del pasado.
Donde me lleven tus sueños.
Y de repente, un extraño.
El país de los vientos fríos.
Un instante eterno.

Clan MacKinlay:

Caricias del destino.
Caricias del poder.
Caricias del ayer.

Bilogía Skye:

La sombra de una mentira.
La promesa de no olvidarte.

Colección Delicatessen:

Noches en la niebla.
Alma entre brumas.
El vuelo de las mariposas.
Mentiras legales.

Serie Lake House:

El espíritu del Alce.
Regreso a Wolcott.

Próximas novelas de la serie:

Un refugio en Lake House.
Nuevos tiempos.
Promesas rotas.

Todas las novelas de esta colección son autoconclusivas.